

JAVIER CARAVANTES

EL ALEPH ES UN BIOMBO

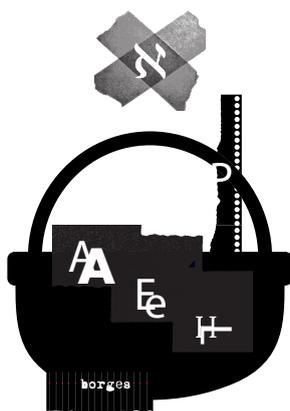


Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Javier Caravantes

EL ALEPH ES UN BIOMBO



H. AYUNTAMIENTO DE PUEBLA

Mtro. Adán Domínguez Sánchez
Presidente Municipal

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

Fabián Valdivia Pérez
Director General

Mauricio Pardo Ruiz
*Subdirector de Desarrollo Artístico, Cultural
y Patrimonial*

Diego Rodríguez Moreno
*Coordinador de Fomento a la Lectura y
Editorial*

Juan Carlos Figueroa Cortéz
Coordinador de Diseño

D.R. 2024 Instituto Municipal de Arte y
Cultura de Puebla.
Avenida Reforma 1519, Barrio de San
Sebastián.
C.P. 72090, Puebla, México.

ISBN: 978-607-8123-99-5



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

HECHO EN MÉXICO

CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS

Durante este Gobierno Municipal, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria «*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*», con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus obras.

La respuesta fue amplia y positiva, las propuestas recibidas resultaron extraordinarias. No era para menos, el talento literario de nuestra ciudad es legendario y contempla una gran variedad de temáticas, lo que permite fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad. La difusión del libro y de la práctica lectora es una de las misiones más nobles y trascendentes de cualquier instancia de Gobierno, ya que la difusión del trabajo de los creadores locales detona perspectivas novedosas entre las y los lectores de nuestra ciudad.

Esta publicación es muestra de la calidad literaria que se desborda en la ciudad de Puebla, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda y construye imaginarios de la ciudad a través de creaciones literarias cuya fuerza radica en la precisión de las palabras y en la posibilidad de emocionar y cautivar a quienes se sumergen entre sus hojas.

Me llena de orgullo presentar esta colección, donde cada página es un verdadero deleite poblano para el lector. Les presento pues la apetitosa oferta de esta «Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos» misma que contiene espléndidos frutos de talento literario de poblanas y poblanos que han encontrado en la palabra escrita el camino para detonar la creación artística.

Deseo que lo disfruten.

Adán Domínguez Sánchez
Presidente Municipal

Javier Caravantes

JAVIER CARAVANTES (24 de febrero 1985) estudió Comunicación en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Creación Literaria en la SOGEM.

Trabajó como corrector y dictaminador para distintas editoriales. Fue editor de la versión digital de la revista *Crítica* y actualmente lo es de *La Santa Crítica*. Obtuvo la Beca de estímulos a la Creación y al desarrollo artístico del Estado de Puebla en 2010, 2013 y 2016.

Sus cuentos han aparecido en diversas antologías, algunos han sido traducidos al inglés. Su primer libro *Despertar con alacranes* (Fondo Editorial Tierra Adentro- Conaculta, 2012), fue considerado entre los mejores publicados ese año según el suplemento “El Ángel” del diario reforma.

Sobre sus cuentos se ha dicho:

“Una colección de relatos bien tramados y resueltos, que hacen una exploración ética que poco tiene que ver con la de la mayoría de los contemporáneos del autor”, **Antonio Ortuño.**

“Es un buen libro que funciona como caja de resonancia de ciertos deseos de una generación desencantada. El sexo, la migración, el mercado laboral, y el fracaso son algunos de los ejes de estos relatos, escritos con limpieza y con aprecio por la inteligencia del lector”, **Yuri Herrera.**

“Javier Caravantes entrega un libro cuyos bordes gotean. Rebozan de la sustancia de la vida. De sus páginas salta el homúnculo que Fausto perseguía y se le fugaba de las manos. Las imágenes que construye quedan en el lector”, **Luis Bugarini.**

“Su dimensión literaria en los excelente relatos atañen al espacio familiar, a los traspatios, a las escuelas, a los edificios en el extrarradio de las ciudades menores en los que se ven inmersos niños o adolescentes que atestiguan lúcidos el derrumbe de lo cotidiano y el surgimiento de una realidad de acoso, inhóspita y cruel”, **Sergio González Rodríguez.**

ÍNDICE

BUSCAR	13
EJERCICIOS LITERARIOS	21
HERMANOS	33
VERDES	49
ÁRBOLES DE RAMAS DEMASIADO CURVAS	61
OBRA	69
EL ALEPH ES UN BIOMBO	97

A Lorenzo

BUSCAR

Escapó unas horas después del primer temblor. Le llamo desde la puerta de la casa. Como ningún vecino se queja grito lo más fuerte que los pulmones permiten. Minutos después Aura entra. Su manto está limpio: aunque no pasó la noche en la maleta antigua de saxofón acolchada por terciopelo con diseño de cebra, su cama, parece tranquila. Pienso en el hoyo, me juro que mañana compro alambre, pinzas para cerrarlo; antes de rentar el departamento me di cuenta de que la malla que cubre la reja de la entrada no está completamente cerrada, se rompieron las abrazaderas de la esquina, justo donde arrancan las escaleras hacia la puerta de la casa. Aura nunca se va, me dije. Nos mudamos hace veinte días.

El segundo temblor me agarra comiendo pasta. Alcanzo

la puerta, bajo aprisa las escaleras. El vecino sale cargando a su hijo recién nacido, la angustia con que me pregunta si estoy bien me hace sentir vergüenza: sigo sosteniendo mi plato. Carolina me llama por teléfono. Ella también está bien. El primer regaño que propina es por no haberle telefonado a mi padre, a mi madre, a mis hermanos para saber si está bien. Sé que también me reclama por no haberle llamado primero, aunque ya no se atreva a decirlo. Un instante antes de colgar me pregunta por Aura. Dudar entre decir la verdad y mentir es una operación mental que me lleva más de dos segundos. Carolina lo detecta.

—¿Qué le pasó a Aura? —grita.

—Todo bien —alcanzo a responder antes de que ella simule una despedida cordial, cuelgue. Sé que debe estar desesperada buscando las llaves de su camioneta, las de su casa, su bolsa, verificando que dentro vaya la cartera, eligiendo un cubrebocas, yendo a desconectar el teléfono para meterlo también a la bolsa. Vendrá no sólo a comprobar que efectivamente a Aura le ha pasado algo grave, sino a restregarme de una manera sutil o contundente, ya no importa cómo, que una vez más, le he mentado, le sigo mintiendo.

Aura fue un regalo de Carolina. La rescató a orillas de una carretera. La misma asociación de la que Carolina es pre-

sidenta salvó unos días después a unos gatitos con horas de nacidos. Parecía que no sobrevivirían. Las rescatistas intentaban mantenerlos calientes acercándoles focos, cronometrando el tiempo para darles fórmula láctea. Aura se acercó, olió a los bebés, comenzó a lamerlos hasta callar unos chillidos que a Carolina le estaban provocando migraña.

—Se merece un buen lugar, quédate con ella —me propuso.

Me escondo escribiendo. Redacto vertiginosas viñetas sobre los desastres. No sé si subirlas en mi blog o mandarlas a aquel periódico que hace poco me publicó una crónica. No hago nada. La espero. Pronto escucho el motor, se apaga, la puerta al cerrarse con furia, el timbre. Una. Dos. Tres veces. Muchas veces.

—Va a regresar, así también se fue con el primer temblor. —¿Por qué me lo ocultaste?

—No tardó ni un día en volver, para qué angustiarte. —Ocupas las mismas justificaciones para todo.

Carolina llora, esconde el rostro, se va.

No vuelve desde hace tres noches. En un documento de *Word* hago un cartel. *Se busca. Se llama Aura. Hembra, esterilizada. Raza Azul ruso. Tiene ocho años. Ojos verdes, calva de las cejas. Maulladora. Mal aliento. Patitas cortas. RECOMPENSA.*

Cada ruido provoca una posibilidad. El chirrido de los frenos de un coche, seguido de un maullido, me arroja a la calle, a no encontrar nada. En un artículo leo que si hace poco tiempo cambié de residencia es probable que Aura haya regresado a la antigua. Aún poseo un juego de llaves. Tardo veintisiete cuadras. Digo su nombre cargando una recién abierta lata de atún. Me doy por vencido a las cuatro de la mañana.

Aunque esté prohibido Carolina se estaciona frente a la librería. Al ver mi cara detrás del mostrador pregunta:

—¿Vas a mandar a hacer lonas de “Se busca”? —Tengo poco dinero.

—Te presto, ¿cancelas el taller?

—Necesito el dinero.

—Pobre Aura.

A Carolina y a mí la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado nos contrató para impartir talleres literarios en un municipio de la sierra. Supuse que por los temblores se habrían cancelado. Abandonar mi casa durante el fin de semana es demasiado tiempo. Debo presentarme a las seis de la mañana en las oficinas de Cultura. Subir a la vagoneta que a Carolina y a mí nos llevará. Ella acaba de escribir un ensayo que publica La tempestad, “El temblor no cambiará la

manera en cómo tratamos a los animales”. Durante el camino permanecerá en silencio. Es probable que tarde varios meses en hablarme.

A dos casas maltratan a un *poodle* sacándolo durante el día. El perrito resguarda la calle, seguramente alejando a Aura. También hay dos gatos, blancos con negro, muy parecidos, sólo el largo de sus melenas los distingue, se pasean cerca de la reja como gendarmes que me protegen del regreso de mi propia chimuela gata.

Su arenero está en el patio, espero que su olor la haga regresar. Permanezco con las puertas abiertas. No escucho música. El insomnio por fin sirve.

Maúlla mucho, demasiado, exige sin restricciones cada que se le ocurre una nueva necesidad. Exhala un quejido apestoso y tremendamente entrañable. Pasan los días sin que el silencio sea quebrado por sus peticiones. La punta de sus pelos no tiene pigmento, refleja plata. Su pelaje es único. Ninguno de los gatos que en su búsqueda me he encontrado se parece a ella. Cada cuatro pasos grito su nombre. He cubierto al menos veinte cuadras alrededor de mi casa.

—¿Entras a los terrenos baldíos o sólo le gritas desde la banqueta? —me pregunta Carolina.

A pesar de que en los últimos días llovió, los carteles

que até con cinta canela permanecen. En los baldíos no está, al menos no en los cercanos ¿Qué es cerca para una gata de ocho años? Sigo caminando, grito su nombre.

Casi nunca salta. Le gusta esconderse en los rincones. Me gustaría llamar a cada puerta de las casas vecinas, tantas como pudiera. Pedir entrar. Inspeccionar rincones. Lonas, colgadas, al menos una por cada calle: fotografías de linchamientos. Amenazas a presuntos rateros con la tortura a la que serán sometidos si osan robar sus riquezas. Ignoro si es medida efectiva para disminuir el índice delictivo. Prefiero no tocar.

Aún no amanece. Preparo la mochila con la que viajaré a la sierra. Dilato cada movimiento. Por tercera vez me cepillo los dientes. En diez minutos será insalvablemente tarde.

La escucho maullar. Es inconfundible. Corro a la puerta. Abro. Aura entra. La cargo. Ha perdido al menos dos kilos. No parece lastimada. Bebe agua, come. Descansa.

Carolina es la primera persona a quien le aviso, le llamo por teléfono. Se alegra, aunque de inmediato me pregunta si aún pienso ir a dar el taller. Respondo que sí.

—Yo cancelé. Pobre Aura se tendrá que cuidar sola. Espero nunca volver a verte —, cuelga luego de darme un momento en el que no sé qué responder. Durante años me

recriminaré dolorosamente por no haber comenzado una justificación que terminara con una propuesta de reconciliarnos.

 Mi gata se estira, vuelve a echarse, me mira como burlándose.

EJERCICIOS LITERARIOS

1

Me volví a inscribir a un taller literario, aunque me había jurado no hacerlo. La primera vez que asistí a uno tenía quince años, desde entonces emprendí mi formación hasta que con el paso del tiempo terminé siendo quien los impartía. Hace cuatro años al fin me negué a dar clases, también dejé de escribir. No podría afirmar que de pronto mi vida se convirtió en algo alegre, pero logré ahorrarme durante casi una década aquella angustia de la historia siempre por comenzar, o aún más terriblemente estresante por terminar. El mal regresó hace unos meses de manera infatigable obligándome de nuevo a escribir. El impulso alcanzó para casi completar un libro.

Me falta sólo un cuento de al menos seis cuartillas y llegaré al mínimo de extensión requerida para el concurso que traigo entre ceja y ceja.

Luego de la tercera vez que vi publicidad en Instagram de un taller literario me animé a mandarle mensaje a quien lo impartía. Fue motivador que tuviera un nombre que jamás había leído en ninguna publicación. Le pregunté si era posible presentar cuentos “libres” en lugar de los clásicos ejercicios que tanto me molestan, pues sólo estereotipan la escritura, la encasillan, en lugar de motivar la búsqueda de una voz propia promueven la plaga de escritores efectistas. Transcribo lo que ella contestó:

“Pues fíjate, siempre empezaremos con una media hora de contenido (temas como los personajes, el tiempo, las técnicas) y haremos ejercicios creativos, y siempre dedicaremos la segunda hora a tallerear textos.”

Enseguida realice el depósito por 400 pesos.

El lunes me di cuenta de la estafa. No permitió tallerear nada que no fuera los ejercicios que encargaba. Su taller era el más típico que he tomado en mi vida. Nada tenía de taller, en realidad, era una clase. El entusiasmo se transformó en ira. Me he jurado demasiadas veces esconderme antes de que los sucesos desencadenen acciones que me harán sentir

irremediablemente avergonzado. Huir es, desde que recuerdo, la única medida efectiva que alcanzo a realizar antes de hacer algo de lo cual ni siquiera pueda arrepentirme. La ira me obliga a desaparecer. Entonces comencé este texto en lugar del primer ejercicio que estableció como tarea. La maestra había aclarado durante tres veces durante esa primera sesión que debíamos escribir los ejercicios nuevos que pedía, era obligatorio, nada de “cuentos viejos”.

El problema no es el miedo a someter mis piezas al juicio de cualquiera, es que nunca hago textos de sólo una cuartilla, como ella pidió, mucho menos me llevan una semana. Ya que finalmente me resigno a escribir esa historia que nubla mis pensamientos suelo tardarme como mínimo un mes, aunque ha llegado la circunstancia de mal gastar casi una década. Es decepcionante que alguien que cobra por enseñar a escribir limite la práctica a una sola cuartilla ¿No tendrá tiempo para leer? Es extraño que no se percate de la contradicción que plantea por un lado pregonar la libertad de la escritura, explorar el máximo de creatividad, al tiempo que con sus parámetros minimalistas, orienten la formación a una práctica formularia: un ejercicio preescolar donde se debe seguir una serie de puntos para crear una figura que alguien más ya imaginó.

El dilema del ejercicio era cambiar de género al narrador: si una era mujer había que escribir en primera persona como un personaje masculino, si el que escribía como en mi caso era hombre tenía que elegir un personaje femenino. El reto era intentar hacer verosímil la situación. Hace por lo menos diez años había decidido de manera irrefutable no intentar cuentos simulando una voz impostada. Me llegó a parecer una estrategia demasiado riesgosa, frágil, de resultados casi siempre incongruentes. ¿Y tantas obras qué?, ¿la vanguardia qué? Las cosas van cambiando, ya es muy evidente la suplantación. Aunque habrá obras que practiquen ese recurso con tremendos resultados, es posible que hasta disfrute de leerlas, lo mío es una decisión ética que responde a la reflexión que conlleva ejercer un oficio. Para mí está mal simular de cualquier manera alguien que no soy. Me parece francamente ridículo imaginar sensaciones o pensamiento que efectivamente es imposible me sucedan. Quisiera no pensarme como un conservador, me encanta la diversidad de géneros y sexualidades, un bien precioso, único, que nos permite expresarnos de formas poderosas. Lo mío es de principios literarios. Me prohibían hacer el primer ejercicio que dejaba mi nueva maestra.

La ambición siempre es la ola más grande. Fue difícil ignorarla, imposible. A mitad de la madrugada me levanté de

la cama, encendí la luz el escritorio y comencé a bocetar el cuento. Para este momento ya se cumplía la semana del plazo del ejercicio. Decidí ya no tomar clases nunca más de nada, mejor escribir. Se me ocurrió que podría narrar la historia de un peluquero homosexual de colonia marginada. La acción comienza cuando se enamora de un cliente, de inmediato se muda pues le enternecen las hijas de su novio, le parecen niñas muy descuidadas. A los pocos meses el alcoholismo del novio escala hasta que una madrugada golpea y viola a su esposa y a sus hijas. Entonces la peluquera se venga, apunté como final del relato.

Evadí continuar la escritura hasta una semana: pésimo síntoma. Al intentar retomar me pareció absurda.

2

M se había ido hacía ocho semanas. No podía seguir aprovechando cada ocurrencia para evadir que dejamos de ser novios. Tocaba irlo aceptando. No se iban a escuchar más las llantas de su camioneta triturar las hojas, el ruido mínimo del motor al apagarlo, la reja al abrirse. M no iba a volver. Estaba enojado. Iba a boicotear cada aspecto de mi vida. Fácil un taller literario.

3

M terremoto.

—Hola. Ya estoy de vuelta —me escribió M en un mensaje de texto.

—Me alegra, ¿cómo estás? —salté del asiento para poder bailar a gusto ese movimiento de swing que mi maestra de tercero de preescolar me había enseñado en el primer festival escolar, provocando lágrimas en mi madre; hace treinta y cinco años lo vengo perfeccionando cada que acontece algo que me da un ataque de alegría.

M llevaba años gustándome, desde que me la presentaron. Nunca imaginé que yo le gustara.

Por esa época ella andaba con un novio que tenía aspecto y altura de modelo, quiero decir de esos de pasarela, que en realidad nunca he visto uno, pero eso me parecía. Mi evaluación arrojaba que no había nada que hacer: a lo más que pensé aspiraba era a ser su amigo y con eso me iba conformando. Luego tuvo de novio a un músico virtuoso, de giras internacionales. Ahí ya lo había declarado un fracaso, no había esperanzas. Menos si tomamos en cuenta que para cuando llegó el mensaje con que comienza este capítulo, luego del último largo viaje de M, yo llevaba algunas semanas separa-

do por tercera vez de la madre de mi hijo. Que había vuelto a frecuentar a F, la que consideraba mi mejor amiga pero que ese vínculo a veces lo podíamos transgredir por cogernos. Ahora pienso que debí afrontar el duelo de la separación de la madre de mi hijo en soledad. O al menos sin coger con F, que eso suele enturbiar el afecto entre nosotros. ¿Pero cómo iba a hacer eso el yo de esa época? Imposible. Luego de ejecutar mi baile ridículo le contesté el mensaje a M invitándola a salir.

Mi madre había estudiado enfermería, mi padre antropología. Mientras ella estuvo embarazada y hasta que tuve alrededor de tres años no trabajó formalmente. Según los relatos que repite a la menor provocación fue una madre excesivamente sobreprotectora hasta donde pudo. Le enrojece el rostro de orgullo cuando me dice, “ni el viento dejaba que te tocara”. El nacimiento de mi hermano más la necesidad de ingresos la obligó a comenzar a trabajar. La vida me debió cambiar de golpe antes de los tres años.

Mi padre insistió en inscribirme a la primaria privada con el mejor prestigio de la ciudad. Una escuela de ricos güeros. Éramos apenas tres morenos. El más bajo de estatura: yo, en un grupo de treinta. Aún me duele el rechazo con cara de asco que me disparaban las niñas que me obsesionaban sólo por acercarme a intentarles hablar. La burla de mis

compañeros. Además era el peor estudiante. Comenzaba mi tormento por ser incapaz de prestar atención. Problemas que ahí comenzaron y no hicieron más que crecer. Mi historia ha sido constantemente repetitiva. Así que cuando llegó M seguía tapando huecos con más huecos. La madre de mi hijo no me dejaba verlo, había dejado de escribir: mi forma de no hacerme cargo de mí mismo, es decir de mis emociones, de los problemas que se iban acumulando, me habían arrebatado lo que más amaba de este mundo. Y en eso M y su mensaje.

Me da tantísimo miedo que me abandonen. ¿Quién no lo haría después de conocerme realmente? Empiezo a prevenirlo entablando otras relaciones. Entre más relaciones construya mejor me siento pues aseguro nunca estar solo. Así de grande es el sentimiento de vacío que padezco. Tantas espantosas decisiones que han arrasado con la tranquilidad de las chicas con las que me he vinculado, sólo porque al final me da miedo estar solo. ¿Sin la atención sobreprotectora de mi madre? Cuando me siento así de frustrado desencadeno a un monstruo espantoso e incontenible.

El remedio comienza estando solo. Reflexionando sobre por qué me comporto así. Cuestionando los pensamientos que me atacan, me maltratan haciéndome creer que no tengo remedio. Que comienza perdonándome. Buscando el perdón

de las personas que más lastimé. Cuidando de mí mismo. Mi madre me quiere, hizo lo que pudo, mi padre también. El remedio comienza cuando me hago cargo de mí. De construir mi alegría. De compartirme con la chica que elija amándola sin pedir nada a cambio. Pero cuando llegó M aún no sabía nada de esto y seguía cometiendo los mismos errores. M y sus hermosos ojotes que todo lo ven. Su no tan pronto, no tan rápido. Su lucha por mantener la cordura intacta a pesar de mi infidelidad. M construyendo los primeros silencios que me permitieron volver a escribir. Su energía casi incansable para sellar mi vacío. M y sus sonrisotas que rompen mi farsa; el insoportable ruido de las mentiras al quebrarse. Sus besos succionadores: borra problemas. M acomodándose junto a mí para que la abrace y no la suelte.

4

Logré transcurrir tres meses conteniendo la ansiedad que me provocaba no ver a M. Aunque un sábado por la mañana, luego del viernes más difícil, ya iba a buscarla. Me detuvo en la puerta la pregunta que venía salvando de cometer más atropellos. ¿Por qué la engañaste? M tiene el rostro y la actitud de mis compañeras del preescolar: maltratar a quién, en su

forma de relacionarme conmigo, me recordaba mis primeros verdugos emocionales. Parecía fácil de hacer. Además había descubierto que continuaba extrañando a la mamá de mi hijo, fantasear que tal vez tuviera la posibilidad de regresar con ella, también me hacía querer alejarla. M se me había peleado de nuevo con su padre y estaba resentida porque su madre esta vez no había intervenido para defenderla. Hacía cinco meses había sido fácil proponerle que se viniera a vivir conmigo. Ella lo pensó tres horas antes de aceptar.

A las pocas semanas intuí que la madre de mi hijo propondría visitarme en mi casa. Después de la última separación, cuando interpuso un juicio legal para hacerse por completo de la custodia legal de nuestro hijo, no me permitió verlo durante casi tres meses. Fue un infierno que M me ayudó a sobrepasar. Ahora M me estorbaba, pues si en realidad la madre de mi hijo llegaba a mi casa y descubría que ya yo vivía con mi nueva novia, no sólo iba a exterminar nuestra relación afectiva por completo, sino además temía que con ese acto la molestara tanto que me alejara de nuevo de mi hijo. Comencé a engañarla. Pronto M se dio cuenta. Dejamos de vernos casi seis meses, hasta ella se mudó de ciudad. Volvió. Nos comenzamos a ver. No enganchamos otra vez. A los cinco meses se fue porque le atormentaba que la estuviera

engañando, o la volviera a engañar, me lo dijo rápido, ya casi llegando a la puerta.

5

Alguna vez fui en motocicleta, era la tercera vez que la arrancaba cuando comencé a enfilarse hacia su casa. No me sentí ansioso, ni como a punto de una difícil prueba: estaba seguro de que en la última curva no seguiría derecho como hacía su casa. No. Cuando las relaciones terminan terminan, me seguía repitiendo. Aceleraba. El viento en la cara. El aire que baja frío del volcán entrando de golpe a los pulmones. Alcance a ver la fachada de la casa de M, me saltó el corazón al ver su camioneta estacionada fuera. Aceleré. Suficientes kilómetros después encontré un puesto de quesadillas donde me detuve. Por supuesto, un lugar que también había frecuentado con M. Mientras esperaba mi pedido, volvía a recordarme por qué nos habíamos dejado: M ya estaba asqueada como cualquier mujer que me conociera lo suficiente de mis conductas de adicto. Me aborrecía, ya casi tanto como yo mismo lo hago. De regreso por el mismo camino alcancé a gritar un discúlpame, lo más fuerte que pude. Me hubiera gustado cuando llegara a mi casa encontrar un mail de la maestra del taller litera-

rio proponiéndome tres sesiones en compensación por mis 400 pesos para tallerear algunos de mis cuentos. No. Tardó muchísimo tiempo para que cualquier buena noticia llegara.

HERMANOS

La insistencia con que golpean la puerta da miedo. Pregunto quién es. Reconozco más sus palabras, su voz se ha vuelto mucho más grave. Abro. Parece un mapache, las ojeras se convirtieron en costras. Tiembla al hablar:

—Tu hermano me rogó que lo ayudara. Durante tres días intenté salir de la casa. Me desmayé dos veces en el trayecto del taxi hasta aquí. No puedo, tú debes encontrar a Pablo.

Mi madre revuelve con la misma ansiedad con que acaba de pronunciar cada palabra el contenido de su bolso. Encuentra algunos billetes sujetos por una liga, los coloca sobre la mesa, a la entrada de mi departamento. Hago una reverencia. No pasa.

—¿Pablo sigue en Xalapa?

Ni entra ni responde. Me da la espalda.

Pablo hace señas desesperadas para que me acerque, lo veo sentado en la banca de un parque. Nos separa una avenida de por lo menos cuatro carriles atravesada por automóviles deportivos, uno detrás de otro a relampagueante velocidad. Debo llegar a mi hermano. Avanzo. Despierto antes de sentir el impacto de una defensa contra mis rodillas.

El reloj análogo junto a la cama: 5:44. Debo buscar a Pablo. Voy a levantarme, faltar al periódico. El miedo a que me despidan paraliza. Debo buscar a Pablo. Trabajo en la redacción de un periódico fundado por un locutor deportivo, originalmente de beisbol, que al incursionar en las noticias logró una fortuna tan considerable que tres de sus cinco hijos hicieron carrera política. El mayor es el actual presidente municipal. Apenas tomó posesión del cargo, la familia reorganizó el medio. Inauguraron sus nuevas instalaciones, un edificio completamente blanco “con las herramientas tecnológicas que exige la audiencia”. Es el único periódico en la ciudad que no paga un salario miserable. Tuve suerte. Mi jefa había sido directora del área de monitoreo del gobierno, su desempeño fue tan eficaz que la solicitaron para dirigir el periódico. Ella aceptó a cambio de que le asignaran dos puestos nuevos. Un editor, que sería ocupado por uno de sus mejores amigos, y

otro redactor, que luego de tres entrevistas fui yo. El amigo de la jefa nunca llegó. Fue a mí a quien le asignaron la corrección de las notas. El trabajo se multiplicó. Mi jornada laboral aumentó casi cuatro horas por dos mil pesos más. Apenas un par de meses después logré abandonar el cuarto de azotea para rentar un pequeño departamento. Faltar en la semana del informe del presidente municipal hará que me despidan. Debo buscar a Pablo.

El impulso se alimenta de sol. Amanece. En lugar de bañarme, desayunar, ir al trabajo, me acerco a encender la computadora. Tecleo el nombre de mi hermano. El buscador arroja en la segunda página de resultados una mención del nombre de Pablo que no había encontrado. Es el índice de un fanzine, editado por un centro cultural en Xalapa. Publican dos ilustraciones y una viñeta firmadas por él en la que se lee:

“Las sombras son el corazón de la noche, sus formas van alargándose sobre las paredes hasta escapar. Se convierten en una niña en la entrada de tu recámara. Te mira a los ojos, va a decir algo”.

Las dos ilustraciones retratan con exactitud la sala del departamento de la casa de nuestra madre. Una enorme enredadera trepa por los muros, tapiza las ventanas, el espacio que no ocupa es carcomido por la humedad. Las texturas, más

las sombras que los muebles proyectan, desatan figuras de monstruos en actitud desesperada por escapar de las paredes. Hay dos niñas escondidas debajo de la mesa.

Apunto la dirección y busco cuál es el autobús más próximo en partir.

Miedo a tener miedo. Desde niña mi madre se rehusó a salir a la calle, si la obligaban se aferraba a las manos de sus padres o hermanos. Si se atrevían a separarse comenzaba a gritar. La única forma de callarla era que volviera a sentir el roce de algún miembro de la familia. A la escuela no fue, imposible hacerla entrar a un salón de clases. Escondió la adolescencia en su cuarto. Mi abuelo logró casarla dopada. Ella soportó el dolor de dos partos naturales con tal de no pisar la calle. Mi padre huyó pronto. Mi abuela se vino a vivir a nuestra casa, se hizo cargo de nosotros. Poco después comenzó el insomnio de Pablo. Al principio mi abuela siguió las recomendaciones habituales, lo llevaba a hacer ejercicio, le daba poco de cenar, lo mantenía tranquilo. No funcionó. Pablo decía que unas niñas lo visitaban. Nadie le creía, yo tampoco, hasta que las vi.

Ese día Pablo llegó emocionado porque el maestro de deportes les había enseñado las reglas del beisbol. Me pidió que consiguiera una pelota de esponja y él buscó un palo

que sirviera de bate. Jugamos hasta que nuestros brazos se cansaron. Mi abuela nos dio de cenar, nos pusimos el pijama. Compartíamos habitación, dormíamos con la puerta abierta. Desperté, todavía estaba oscuro. Giré el cuerpo y entonces vi a una niña parada en el pasillo, afuera de la entrada de la habitación. Escuché el susurro de Pablo:

—¿La ves?

El miedo no me dejó abrir la boca. Pablo dijo:

—No te preocupes, no entra —terminó de mover su cuerpo, que había estado contra la pared. Se levantó, camino hacia mí:

—Ven, párate. Si vamos tú y yo ya no me da miedo.

La niña movió su mano. A señas nos decía que la siguiéramos.

Comenzó a caminar a la derecha. Mi hermano me jaló del brazo hasta la puerta de la recámara. No salimos. Desde ahí, asomados, logramos ver el comedor. La niña estaba parada junto a una silla, señaló con el dedo índice de su mano izquierda debajo de la mesa. Nuestras miradas obedecieron. Descubrimos a otra niña. Era idéntica, sólo que con el rostro desfigurado. Grité lo más fuerte que pude. Mi madre ni así salió de su recámara. No sé cuánto tiempo tardó mi abuela en llegar. Tuvo que ser Pablo quien caminara hasta el interruptor, encendiera la luz y cayera desmayado.

Cuando despertó mi hermano ya no pudo conciliar el sueño, mi abuela apenas lograba que durmiera con altas dosis de potentes y degenerativos medicamentos.

A través de la ventana del autobús miro un señalamiento vial: Xalapa. Pablo varias veces golpeó su cabeza en las cubiertas de los medidores de luz con tanta fuerza que las manchas de sangre tardaron semanas en ser lavadas por la lluvia. A los postes se iba a estrellar sin recordar nunca su ubicación. Tropezaba cada dos o tres cuadras. Lo más importante era cuidar que no cruzara la calle sin darse cuenta de los coches. Yo corría adelantándome hasta la esquina, si nada venía lo esperaba para atravesar junto a él, si pasaban coches, microbuses, motocicletas, me paraba enfrente de donde llegaría Pablo. Lo esperaba con los brazos extendidos, apoyaba los talones en el suelo para que cuando mi hermano cruzara la calle, enredado en la velocidad de sus pensamientos, sin verme, yo tuviera la suficiente fuerza para detenerlo. A veces caíamos, pero no lo atropellaban. Una vez sí, me enfermé y no pude acompañarlo a la escuela. Algunos de sus compañeros vieron el accidente. Pablo ni cruzó por las líneas peatonales, ni se fijó en el amarillo del semáforo. Avanzó como si el trazado de las calles no existiera. Quedó enyesado algunos meses; fueron los peores. Mi abuela lograba dormirlo con altas

dosis de Rivotril. Casi siempre Pablo despertaba gritando, tan fuerte que a causa de sus pesadillas los vecinos pedían que nos echaran del edificio.

La lluvia deja de caer. Salgo de la terminal. Leo y releo la dirección. Me da miedo que los números se distorsionen, desaparezcan, algo pase que me impida hallar a mi hermano. Ando con prisa. Tengo la sensación de que, aunque intentara detenerme, mi cuerpo no obedecería, seguiría caminando y caminando hasta estar frente a Pablo.

Al fondo de una vecindad, pegados sobre una puerta verde, reconozco los *stickers* del *fanzine*. Toco. Un olor a tabaco y marihuana se asoman detrás de una maraña de cabellos.

—Qué hay. Ando buscando a mi hermano. Hace unos días encontré en su sitio dos ilustraciones de Pablo. No había ficha, tampoco tenía página de contacto.

—Nuestra revista no admite colaboraciones. Somos rigurosos seleccionando contenidos. Ni madres que a los putapendejos los publicamos.

—Mira, imprimí las ilustraciones –extiendo las hojas y apenas el tipo las ve, mueve varias veces la cabeza afirmando.

—Son de Pablito. Bien buena onda el bato. Tiene mucho material.

—¿Sabes cómo lo encuentro?

—Nel. Tú y él se parecen. Vivía detrás del mercado Jáuregui, juntito al local de zapatos más grande de la calle. Igual hay una puerta verde, en los cuartos del fondo ¿Eres mayor que él?

—¿Colaboró más veces?

—No, me quedé con ganas de volverlo a invitar. Dibuja chido y de volada me mandó las ilustraciones. La viñeta no me gustó, pero se la publiqué. Por ahí dile que me mande algo.

La lluvia regresa, tengo frío. Utilizo el primer billete del dinero de mi madre para pagar un taxi. Las indicaciones coinciden. No hay cortinas. La casa que debería ser de Pablo está vacía, un par de habitaciones desocupadas. Toco. Lo hago fuerte. Varias veces hasta que los nudillos me duelen. Desde una ventana del segundo piso una anciana asoma la cabeza. Grita:

—¿Qué no ve? Ya nadie vive.

—Ando buscando a mi hermano.

—Ahorita bajo.

Apenas la señora abre, un gato sale corriendo, se escabulle entre mis piernas, sube por unas escaleras que arrancan junto a la entrada de la vecindad y escala hasta llegar al techo.

—Cabrón... ya regresará.

—¿Conoce a Pablo?

—Se parecen mucho. Mi hija es su novia. Antes éramos vecinos ¿Quieres pasar?

La sigo. Maullidos me reciben. Hay más de quince gatos entre

los que descansan en el piso, los que están echados en los sillones de la sala, en la mesa del comedor y en repisas. No detecto ningún olor, tampoco hay pelos o polvo sobre las superficies. Ni fotos. La mujer desaparece unos minutos para regresar cargando un enorme vaso.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Pablo? —el trago me sabe tan amargo que el estómago duele.

—Te voy a apuntar la dirección. No está lejos. Yo no puedo ir; mi hija me lo tiene prohibido. Se andan escondiendo.

Antes de que le pueda hacer otra pregunta, la mujer extiende enérgica sus manos pidiéndome de regreso el vaso. Me señala la salida. Al despedirse me entrega un trozo de papel.

Una puerta vieja de madera con restos de pintura verde: veo la casa que corresponde a la dirección apuntada en el papel. No me puedo acercar. Algunos perros comenzaron a ladrarme apenas doblé la esquina. Doy cuatros pasos. Más perros que tomaban el sol en las banquetas se van acercando, también ladran. Recojo piedras. Las lanzo. Una le cierra el

hocico al perro más cercano. Pelan los dientes. Corro. Alcanzo la puerta. Toco. El ruido los enfurece. Ladran más, me acorralan. La puerta se abre. A escobazos una chica los ahuyenta. Entramos. Hay dos sillas de plástico blancas y un montón de libros en una esquina. El piso es de tierra.

—¿Eres el hermano de Pablo, lo viste, él te mando?

—No. Lo vengo a buscar. Tu mamá me dio esta dirección ¿Te llamas Silvia?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Me pidió esperarlo.

—¿Por?

—Es peligroso. Prometí quedarme aquí. —¿Dónde fue?

—A vender.

—¿Qué?

—No sé, un amigo le iba a dar. De todo, supongo.

—¿Hace cuánto que no vuelve?

—Tres días.

—Vamos a buscarlo, ¿por qué se esconden?

—Es peligroso.

—Pablo le llamó a mi madre pidiéndole ayuda, ¿sabías?

—Desde hace tres meses que llegaron lo persiguen, le han pegado, lo tienen amenazado. Nos quedamos sin dinero.

Nadie nos presta. Si vamos a casa de mi mamá le van a hacer algo, no quiero meterla. Seguro la buscó porque no le quedaba de otra.

—Le dejamos apuntada una nota. Vámonos, ya casi oscurece.

Silvia va a otra habitación. Regresa con un suéter, las llaves y un par de varas. Una me la entrega.

Afuera los perros ladran, gruñen, pero no se nos acercan. Algunas personas pasan sin mirarnos ni saludarnos.

—¿Logra dormir?

—Poco.

—¿Está bien?

No me responde. No habla hasta que encontramos un taxi.

—Por aquí vive su mejor amigo. Vendría si tuviera una bronca

—me dice Silvia en voz baja —. Pablo quería que fuéramos con tu mamá. Yo no puedo, no quiero salirme de la universidad. Andaba ansioso, decidió irse a vender, discutimos, me gritó que lo esperara.

—Es en la esquina pero no puedo pasar. Quién sabe qué desmadre se armó —dice el taxista.

Silvia mira las torretas y responde:

—Aquí déjenos —me jala rápido del antebrazo. Bajamos. Pago.

Varios vecinos observan la escena. Detrás de ellos parpadean luces de patrullas. Silvia quiere correr, alcanzo a sujetarla. El Cavalier amarillo embistió por detrás al Chevy azul, proyectándolo tan fuerte contra un poste que parece más un acordeón que coche.

—Es del Joaco, el amigo de Pablo —dice Silvia señalando al Chevy.

Dos niñas miran con asombro el interior del Cavalier. Nos acercamos, vemos una pistola y una granada sobre el asiento del copiloto. Escuchamos la voz de Pablo. Lo descubrimos junto a una de las patrullas, dos policías lo someten. Le fluye sangre de la nariz y de la boca. Silvia corre. Antes de que sus brazos alcancen a Pablo, otro policía la detiene.

—Tranquila —le dice muy cerca del oído mientras la abraza. Sus manos recorren la espalda de Silvia hasta sujetarla de las nalgas.

Corro, la ayudo a zafarse. Lo logramos pero llegan más policías. Me sujetan.

—Han de ser familiar del Oreja.

—Denle en su madre y a la muchacha súbanmela a la camioneta.

Entre dos me toman del cuello. Intento zafarme, otro me sujeta las muñecas y, aunque intento darles patadas, me responden arremetiendo con las cachas de los rifles en mis muslos. Entre cuatro me arrastran hasta una esquina, me arrojan al suelo, patean buscando lastimar las costillas. Un golpe, que me dan en los labios, retumba en los dientes frontales y hace que mi nuca rebote contra la pared.

Despierto. Intento levantarme. El dolor en las costillas no permite ningún movimiento. Estoy acostado en un sillón, en la sala de una casa en la que nunca había estado. Oigo pasos. Un hombre cruza la sala sin voltear a verme, abre una puerta, sale a un patio, escucho abrir otra puerta. Un niño vestido con un uniforme de fútbol, parecido a los que usaba Jorge Campos, entra. Al verme, pregunta:

—¿Ya pagó o le volvemos a avisar a la poli?

A pesar del dolor, logro llevar una de mis manos a la bolsa trasera del pantalón. No traigo la cartera.

—Yo te la guardé —el tipo la saca de su bolsa y me la avienta. Sólo conserva un billete.

—Falta.

—Mamón, todavía de que te ayudamos. ¿Cómo lo ves mijo? —

A la chingada —el niño hace un amago de patearme como si despejara una pelota de fútbol.

El que parece su padre se carcajea hasta toser. Intento levantarme. No puedo apoyar las piernas, el dolor en los muslos hace que me sea imposible soportar el peso de mi cuerpo. Caigo. El tipo y su hijo siguen carcajeándose. Jalen mis brazos, me arrastran hasta la calle.

Llueve. Ya no está el Chevy, ni el Cavalier. El poste reclinado sobre el techo de una casa, los cristales del parabrisas y los faros en el piso, son los únicos vestigios del accidente. Aunque intento no puedo levantarme. Estoy mareado.

Jugamos beisbol en el estacionamiento del departamento de mamá. Pablo tira el bate, dice que tiene sueño. Su actitud es la de un niño, aunque su aspecto y las ropas que usa son las que tenía cuando lo arrestaron. Lo sigo. Encontramos en la mesa del comedor a nuestros padres con las niñas. Por más que gritamos, no nos escuchan. Al terminar sus platos la familia se levanta de la mesa. Llevan a las niñas a la recámara, las arropan. Apagan las luces. Pablo me toma del brazo, nos asomamos a nuestra antigua recámara. Las niñas nos ven, gritan. Nuestros padres, a insultos, nos exigen que abandonemos la casa. Caminamos por el pasillo hasta la puerta.

Despierto. Azul, pliegues azules. Murmullos, pasos

contra azulejos. Me rodea una cortina como de hospital. Intento levantarme. En la muñeca derecha siento un pinchazo, arranco una sonda. Pienso en Pablo y Silvia. Me impulso, enderezo el torso. Logro mover las piernas hasta casi acomodar las plantas en el piso. Me impulso. Las rodillas se vencen. Intento sostenerme de las cortinas.

Caigo. Todo cae.

—Pablo, Silvia —me despierto gritando.

Es de día, estoy acostado en una habitación de paredes blancas. Los rayos del sol entran por pequeñas ventanas que me quedan muy altas para asomarme. Veo una puerta cerrada. Mis brazos tienen la suficiente fuerza para lograr apoyarse. Levanto el torso al primer intento. Muevo las piernas. Junto a la pared hay una silla, sobre ella está doblada mi ropa y los tenis.

Dando pasos cortos logro llegar a la silla. Me quito la bata y me visto. El dolor en los golpes y en las heridas es soportable. No encuentro la cartera. Camino. Entre más pasos doy hacia la puerta mejor lo hago, el entumecimiento casi desaparece al abrirla.

Hay un pasillo con mucha gente. Hacia el lado derecho están en el piso, esperando junto a puertas cerradas, permanecen acostados sobre cartones y se han cubierto de pies

a cabeza por cobijas. Del lado izquierdo termina una fila de ancianos, algunos van acompañados de niños, que patean una botella de plástico y pretenden trazar una cancha de fútbol en ese estrecho lugar. Elijo el lado derecho. Evado personas hasta llegar a la esquina, doblo otra vez a la derecha, al final del pasillo encuentro la recepción. Camino lento hacia la salida. Logro atravesarla sin que nadie me detenga.

El día está nublado. Llego a una esquina, me siento en la banqueta. ¿Dónde buscarlos? Sudo, comienzan a dolerme las costillas. Escondo la cabeza entre las piernas, acomodo las sienes entre los huesos de las rótulas. Hago presión hasta que el dolor me vence. Levanto la vista, junto a mí hay un puesto de periódicos. Los contornos se mueven. Las fotografías de las portadas son la repetición de lo mismo: cabezas separadas de cuerpos. Reconozco en una de las imágenes a Pablo.

VERDES

Mi bisabuelo esparcía semillas de marihuana en laderas del Popocatepetl que luego de unos meses regresaba a cosechar: fue una historia que pensé mi padre me había contado, la registré en mi cuaderno de notas, planeaba comenzar una crónica sobre el campamento en el camellón frente a las oficinas de la procuraduría estatal de justicia, con el perfume de sus enormes plantas de cannabis, sembradas junto a las carpas, exigen la legalización de la marihuana. Le mandé un mensaje a mi tío, el último familiar vivo que me queda del lado paterno, la mañana en que me animé a escribir la anécdota de mi bisabuelo pacheco. Me contestó de inmediato, aseguró que nunca había escuchado que algún integrante de la familia fumara marihuana hasta que yo comencé. Tampoco hay información en la red si a principios el siglo XIX los habi-

tantes cercanos al volcán ocuparan sus laderas para esconder plantas. Aunque mi padre fumó tabaco de joven nunca lo vi encender un cigarrillo. Mi madre tantos que apenas termina de comer busca la cajetilla. Tabaco. Tabaco, la marihuana no existió en mi infancia. Luego del divorcio de mis padres me mandaron a estudiar a Puebla. En ninguna de las dos preparatorias a las que fui nadie le invitó a nadie un pipazo de nada. Me decidí por la licenciatura en Comunicación, la estudié en la universidad pública. Ni ahí llegué a oler algo distinto al abrumador tabaco.

Fue hasta al cuarto taller literario que conocí a Andrea, una chica de origen alemana que me gusta contar como mi primera novia. En el jardín de su casa, al lado de la puerta de la entrada, me señaló un enorme arbusto y me dijo: mira mi mota. Pensé que en los dos años que duramos en algún momento fumaríamos alguna rama de esa planta pero tampoco sucedió. Me regaló unas semillas que sembré en una maceta en la terraza de la última casa que mi madre tuvo en Atlixco antes de irse a vivir a Estados Unidos. A los seis meses que mi hermano y yo regresamos a la casa de mi madre a pasar el último periodo de vacaciones antes de que ella se fuera, en la huerta de atrás, encontramos dos espléndidas matas casi de nuestro tamaño tan repletas de flores que apenas podía sostenerse.

Nunca supimos cómo llegaron ahí. De inmediato convencí a mi hermano, ni siquiera sabíamos cómo, tampoco se nos ocurrió investigar. Compramos una cajetilla de cigarros a la que les sacamos el tabaco y le introdujimos hojas espolvoreadas, las flores las ignoramos. Fumamos cinco cigarros de hojas de cannabis. No sentimos nada. Decepcionado guardé en una bolsa plástica los desperdicios, flores frescas, al fondo del clóset. Años después un primo menor me confesó que había robado la bolsa. Era excelente, me dijo. No fumé ni conocí a nadie que fumara marihuana hasta que me mudé al DF, a estudiar un diplomado en creación literaria.

Desde el primer día de clases se filtró por los pasillos de la escuela de escritores de la SOGEM el olor a mota. La Sociedad de Escritores de México es un sindicato primordialmente dominado por guionistas de televisión. Fundó su escuela en los años setenta, la plantilla docente integrada regularmente por buenos dramaturgos y severos poetas brindaron la certeza de formar a escritores que lograron colocar sus piezas en el mercado editorial. Con el paso de los años lograron abrir varias escuelas en varias ciudades. El primer taller literario al que mi padre me inscribió fue en la escuela de la SOGEM que había en mi ciudad. El diplomado tradicional se ofertaba en la escuela matriz de Coyoacán. A una treinta cuabras me

mudé al terminar la licenciatura. Cursamos el primer semestre más de veinte alumnos. La escuela estaba instalada en una vieja casona donde antes sus salones servían como pequeños teatros. Conservaban aún las butacas originales, divididas por un pasillo. Del lado izquierdo se sentaban los que no fumaban y del otro, más cerca de la puerta, los pachecos. Para la mayoría era su primer taller literario, varios se disculparon de antemano por los horrores ortográficos que se pudieran contener en sus textos. Me sentí estafado, me encabroné desde ese primer día. Lo peor fue en la última clase, una poeta nos preguntó por nuestros gustos literarios y excepto Erick, los demás tenían las mismas preferencias que la guía de lectura de un estudiante de secundaria. La maestra que me “formó”, es decir, con la que había asistido ininterrumpidamente a los talleres desde ese primer día que a mi padre se le ocurrió que su hijo podría ser escritor, me describió la escuela como un excepcional lugar para “pulir” recursos literarios y no como talleres de iniciación que oferta cualquier Casa de Cultura. La escuela había cambiado mucho en los últimos años, seguiría cambiando con tan mala suerte que mi generación fue la última en estudiar el programa antiguo, el “literario”. Se transformó para privilegiar la formación de guionistas de televisión, particularmente especializaos en series dramáti-

cas que pudieran abastecer a las televisoras que intentaban competir con las nuevas plataformas.

Frente a la silla del escritorio, sobre la pared de mi anterior recámara, en todavía casa de mi padre, pegué varias hojas primero con recomendaciones literarias, y finalmente con órdenes del tipo: “Debes escribir por lo menos 100 palabras diarias”, luego tan exageradas como: “Intenta escribir el mejor cuento de tu generación”. El cuarto de azotea que renté en DF lo tapicé con instrucciones para alcanzar el supuesto éxito literario, me discipliné en seguir fielmente, aunque sólo pude hacerlo durante el primer año. El primer contacto con algún escritor que viviera en la capital lo había hecho desde que estaba en mi antigua ciudad, también comenzó con una ocurrencia de mi padre.

—Mira, este taller se ve bueno, ¿te inscribo?

Señalaba una nota de La Jornada. David Toscana sonreía: un escritor del norte del país impartiría un taller literario en la ciudad. Encontré su único libro de cuentos en una desactualizada librería, me gustó. Toscana perteneció durante sus primeros años de escritura a un taller literario junto a otros escritores del norte también ya publicados. Algunos me gustaron, otros no; el más joven del grupo tenía un primer libro de cuentos que me fascinó. Lo agregué en Facebook,

comenzamos a platicar. Me recomendó más libros que sin excepción me gustaron. Para cuando me mudé a CDMX ya lo consideraba mi amigo. RR era editor de una vieja editorial, ubicada todavía en Donceles. La primera vez que lo vi, novato como era, le llevé las doscientas cincuenta cuartillas de mis intentos completos. En ocho meses los leyó, lo que tardamos ahora sí en convertirnos en amigos. Gané mi primera beca con un proyecto que RR me ayudó a desarrollar a partir de ocho cuentos que él eligió. En varios cafés, en su casa, en la editorial donde me daba trabajo freelance corrigiendo pruebas, luego dictaminando, tallereamos una vez a la semana o una cada quince días, dependiendo sus compromisos, mis cuentos; al principio me cobró algo simbólico, pronto ya no. Pasado un año me propuso incluir el libro en el catálogo de la editorial, ¡publicarme! Seguí intentando ganar becas, en alguna tuve éxito. La última por la que competí fue también la más generosa, podía extenderse hasta por dos años; a punto de ganarla desistí de intentarlo pues comprendí que la calidad de los textos presentados no era lo más importante sino las conexiones, no había mérito literario, pura política faldera. Mi relación con RR comenzó a distanciarse, además pasó casi un año sin ninguna noticia sobre la publicación del libro, ni siquiera salieron ninguno de los dos libros que

seguían antes del mío. En cambio, muy de a poco en poco la relación con los compañeros de la escuela de escritores fue mejorando. Erick estaba casado con un poeta que no lo dejaba salir así que por obligación tuve que ir hablando con mis demás compañeros. Lola era una actriz que intentaba escribir obras. Vivía en una amplia casona en la Roma que sus abuelos le prestaban. Era lesbiana, fue la primera amiga con la que fumé marihuana en mi cuarto de azotea, le pareció horrible. A los pocos días me propuso que le rentara bajo el mismo precio una de las habitaciones desocupadas de su enorme casa. Lola se dio cuenta que mis libros no cabían en la diminuta recámara, me ofreció un cuarto al fondo del patio que sirvió como mi primer estudio. Por las tardes compañeros de varios grados se desparramaban en la sala, se armaba una fumadera que espesaba tanto el aire que era difícil distinguir los rostros el otro lado. El día que comencé a fumar me había escrito con el cuentista que llevaba más de dos años en la editorial a punto de publicar su libro, él estaba seguro de que “nuestra” editorial quebraría a fin de año sin que les diera tiempo de publicar nada. Fumé como un acto de venganza, me las estaba cobrando contra la idea de estar concentrado, atento, pensaba que la marihuana me volvería estúpido, tanto que ya no podría escribir. Arrebaté

el porro, le di tres poderosas caladas, me sobrevino una tos tan espantosa que tuve que refugiarme en mi habitación, me acosté en el piso; comprobé que mis amigos fumaban mota de excelente calidad. Con los ojos cerrados era un astronauta flotando en medio del espacio, me retorcía, mis piernas se agitaban como en respuesta a descargas eléctricas que hacían patear involuntariamente la puerta preocupando a la gente afuera que preguntaba si estaba bien. Apenas lograba gemir algo parecido a un sí. Me di cuenta de que apretaba sin cesar los párpados y que estaba girando hacia la derecha, mi cuerpo era la manecilla de un reloj cada vez más acelerado. Respiré profundo hasta lograr acomodar de forma natural mi gesto facial.

Dejé de patalear, los giros se detuvieron. Logré experimentar una sensación de alegría que hacía mucho no recordaba. De golpe me pareció tan absurdo, ¿cómo había convertido la literatura en un vehículo para mi realización personal?, ¿qué estupidez es eso de la realización personal? Algo redundante que tenía que ver con escalar las clases: arribismo social. Un loco frenético que ocupaba lo que creía saber hacer como un cohete de propulsión para alcanzar un paraíso lleno de nubes infladas, a punto de reventarse, por el ego que se iba alimentando de mi fastuoso talento como

el mejor escritor sin lugar a duda de mi generación. Fumar y burlarme de mí se me hicieron un gustoso hábito.

Planeé mandar al diablo mis aspiraciones literarias, comencé regresando a mi ciudad. Fue duro despedirme de amigos. El alivio vino apenas salí del DF, abandonaba la condición de hormiga, de inexistente; era como si al volver me regresaran mi nombre y apellido. La editorial ciertamente quebró. Sin pudor alguno mandé decenas de emails y manuscritos sin lograr que nadie se interesara en mi libro. Después de casi una década intentándolo sólo conseguí una mención honorífica en un concurso nacional que no incluía publicación. Logré conseguir trabajo en un periódico, pregunté por la sección de cultura, no existía. A lo que me asignaron de inmediato fue a la nota roja, mi condena fue aceptar que sabía manejar motocicleta. Dejé de escribir, leer parecía ya un despropósito. Me quejaba por cómo el periódico respondía a los intereses de un político priista, no se podía investigar nada que tocara al gobierno estatal o algún otro poder, puro reportear sin opinar, esa línea editorial me salvó la vida. Casi nunca menos de diez, en fin de semana veinte, dejó de ser raro que hasta treinta cuerpos, o partes de cuerpos, se encontraran cada semana, la mayoría con rastros de sádicos ataques. Los reporteros que teníamos que ver con la seguridad nos reunía-

mos en un antiguo bar del centro. Las sillas de aquellos que comenzaron a publicar sobre la masacre se fueron vaciando. El alcohol se sumó a la marihuana como remedios eficaces para sobrevivir. Mi padre murió. A veces me daban ganas de escapar, no sabía a dónde. Un sábado que los temblores de la resaca no me permitieron caminar más, entré a un bar distinto. No tenían piedras pero tenían los ingredientes para prepararlas. El cantinero fue amable al seguir mis instrucciones. Les quedó deliciosa, de inmediato mi cuerpo agradeció sus estímulos curativos.

—Yo también quiero una —, dijo alguien a mis espaldas. Fue fácil comenzar a hablar con Diego. Antes, acabé mi medicina y el agua mineral también. Tuve que usar el baño y aproveché para enjuagarme el rostro. El bar parecía antiguamente forzado, como una imitación de los bares del centro que frecuentaba, me sentí cómodo. La noche anterior había asistido al cumpleaños del amigo más veterano con el que todavía hablo. Amanecí todavía borracho en una casa que no recordaba. Caminé como zombi sin ubicar las calles hasta que agradecí las puertas de lo que me parecieron una cantina, resultó un bar de moda. Pedí otra piedra más. Me di cuenta del libro de Vila- Matas, junto al iPad, el celular, las llaves, la mochila, un grinder, una pipa de madera, la mitad

de una pipa de piedra, que ocupaban casi por completo la barra, como si de un escritorio se tratara, el mío, por ejemplo, cuando escribía. Ver a alguien leer una novedad literaria en mi ciudad es francamente inaudito. Diego y yo comenzamos a hablar de libros y no paramos hasta que sentado en la banqueta afuera del bar nos amaneció, tuvo la gentileza de pagarme un taxi. El mismo día de la siguiente semana nos volvimos a ver en el bar, me comenzó a prestar libros de escritores latinoamericanos más jóvenes que nosotros que sin exagerar me cambiaron la vida. Fue mi mejor club de lectura. A veces nos acompañaba su novia, a veces algún amigo suyo que no sabía nada de literatura como casi toda la gente. Yo siempre fui solo. Lo mejor de esas charlas, de conocerlo, fue que me volvieron las ganas de escribir. Mejor aún de volver al cuento. Apenas los terminaba, se lo mostraba a Diego que siempre resultaba convincentemente conmovido, muchas veces sorprendido, animándome a escribir más.

Repetir la frase: el paso del tiempo hace que la marihuana madure como el jamón serrano, era el síntoma inequívoco de que Diego ya estaba demasiado borracho. Mostraba entonces las fotos de su colección de flores: en frascos de Gerber guardó un cogollo de cada onza que había comprado desde que tenía veintisiete años, seleccionaba los mejores

gramos para forjar un contundente porro, su tesoro al fondo del armario. A los treinta y ocho años lo atacó un feroz cáncer de estómago. A cinco de sus amigos que no éramos amigos en común, Diego nos hizo prometerle que lo acomodaríamos en su féretro rodeado de sus flores, desnudo.

ÁRBOLES DE RAMAS DEMASIADO CURVAS

San Mateo Cuanalá, los últimos ladrilleros, dice Carolina. De inmediato apunto sus valiosas palabras: son una manzana arrojada por la suerte. Alzó la vista para agradecerle pero ya no está en la redacción. En realidad nadie queda ya. Ni siquiera siguen encendidas las infatigables pantallas siempre con repetitivas noticias. El silencio es lo mejor del turno de la noche. Después de las once las paredes blancas brillan más, aturden. Me levanto a apagar al menos algunas luces. Al regresar a mi lugar escucho el ruido de la motocicleta de Carolina al arrancar. En el buscador escribo la información que me ha obsequiado de manera inédita. Hemos conversado sólo cuando es absolutamente necesario, ella se porta esquiva,

particularmente conmigo. La considero por mucho la mejor reportera que conozco. La información que hallo en internet confirma que Cuanalá es un pequeño pueblo dónde todavía se produce ladrillo de manera artesanal.

Es inminente, si no escribo una crónica “buena”, es decir que consiga hacer llorar, o por lo menos sentir tristeza, a la esposa del dueño del periódico me van a despedir. Ella ya ha preguntado tres veces, cifra récord, por qué tardo en publicar una nueva crónica. La primera vez que leyó una le gustó tanto a la esposa del principal accionista del medio que me aumentaron el sueldo, solo un poco, pero a cambio me exigieron una crónica semanal. Tuve que explicarles que una crónica de entre digamos siete y diez cuartillas es imposible que la tenga lista en menos de un mes. Entonces me asignaron un puesto de redactor para que aprovechara el tiempo. Acepté porque llevaba años sin encontrar trabajo.

Lo logré durante los primeros trece meses pero desde la última separación con Paloma mi escritura avanzó muy lento. Debo escribir algo ya. Que la directora del periódico, mi jefa inmediata, no solo no me hable, sino que además ni siquiera me mire, haciéndome invisible, es muy mal síntoma. También lo fueron las palabras de Carolina, un verdadero acto de piedad de la más productiva reportera al holgazán de la

empresa. ¿Qué habrá impulsado tal bondad?, ¿habrá escuchado algo de mi situación?, como mi jefa bautizó a la demanda que la madre de mi hijo me interpuso para obtener por completo la custodia y que sus abogados domiciliaron en mi trabajo. Tuve que leerlo, me dijo la directora del periódico, podría despedirte por los comportamientos que ahí te describen. No lo voy a hacer pero a cambio espero que me entregues ya un texto, hagas más guardias y desde luego no quiero escuchar más sobre aumentos, ¿quedamos? Salí de su oficina con el legajo corriendo a vomitar a los baños.

Intento no volver al repaso mental donde analizo cada circunstancia rastreando cuál fue la peor decisión que convirtió mi vida en un lugar en el que me pesa habitar. Se cumplen veintisiete días desde que no veo a mi hijo. Es complicado aceptarlo como un hecho que ha sucedido, que sucede. ¿Cómo me habré comportado para que una chica que me pareció tan bondadosa cuando la conocí me trate así?

No recuerdo si fue viernes o sábado. Ya era por completo dueño de un pequeño bar, un establecimiento de dieciocho metros cuadrados, con tres pequeñas barras. De martes a sábado servía tragos, cobraba, elegía canciones, compraba los insumos apenas suficientes para volver a abrir, limpiaba el baño. Serían alrededor de las once de la noche cuando la vi

por primera vez. Cabellos sobre los hombros, anteojos, chamarra de piel. Una chica heredera de los rasgos árabes de sus antepasados que desembarcaron en Guerrero, y que se fueron trasladando hasta que cuando la conocí era de Cuernavaca, había venido a estudiar una licenciatura y decidió quedarse. Al entrar por esa puerta me pareció la mujer más guapa que había visto en mi vida. Era difícil dejarla de ver, no podía concentrarme en nada que no fueran sus ojazos.

Ha transcurrido ya una hora. Suspendo los pensamientos sobre Paloma. Tomo agua, eso me espabila. Sigo editando breves textos de accidentes vehiculares hasta que vuelvo a tener un tiempo libre. Ya no lo ocupo en volver a pensar en la madre de mi hijo, ni en cuestionarme las razones por las que me quitará la custodia, mejor decido comenzar a investigar sobre Cuanalá. “Agua donde se agarran culebras”, un municipio de cinco mil habitantes. El siglo pasado el pueblo creció por la demanda del ladrillo que ahí se fabrica, aunque con los años y el uso de otros materiales, poco a poco fue disminuyendo. La mayoría de los hombres migraron, algunas familias los alcanzaron. Ya casi nadie se sigue dedicando al ladrillo, diez familias quedan. En el navegador ubico la mayoría de los talleres y trazo la ruta para llegar al pueblo. Suena la notificación del correo electrónico donde aparecen más notas

de los reporteros. Las corrijo antes de subirla al periódico en línea. Subo el volumen al teléfono de las emergencias y me dispongo a acomodarme lo mejor que puedo en la silla. De inmediato suelo roncar.

A las tres horas me despierta la alarma del celular. Subo tres notas a la sección de nacionales. Me preparo un té. Reviso mi correo electrónico, encuentro el siguiente mensaje que me ha mandado el director de la revista literaria en la que también trabajo y desde hace años: Mira, un fabuloso cuento de Meneses, ¡inédito! Emocionado abro el archivo adjunto.

Es también una historia sobre la paternidad, inicia con un larguísimo monólogo, también de un padre que sufre la ausencia de su hijo, hijos en este caso. El personaje principal debe viajar a Monterrey para visitarlos, ansía verlos pero no tiene dinero. Lo único que puede empeñar es su guitarra. Lo que le angustia es dejar a su perro, vive a las afueras, en un pequeño terreno enrejado. Al animal le encanta escapar de la propiedad, tiene diversidad de métodos, es imposible contenerlo. Lo adora, lo intentó entrenar él mismo. El resultado fue que el perro obedece pero sólo a él, si no está bajo su mirada hace lo que le venga en gana y si algún otro humano se le intenta siquiera acercar ataca. No tiene ningún familiar o amigo que se comprometa a cuidarlo. Lo tendrá que dejar solo, no

queda de otra. Compra un costal de veinte kilos de croquetas, llenas las seis cubetas que consigue de agua, en una maleta empaca dos mudas de ropa y emprende el viaje, así termina la primera sección del cuento. La segunda y definitiva arranca con el personaje de regreso, en la terminal de autobuses, sin completar los pesos suficientes para abordar la combi de la ruta que va para el pueblo donde se refugia, nunca sabemos de qué. Comienza a caminar y a través de otro monólogo es revelado que el viaje fue un desastre. Se sintió maltratado, humillado. De nada sirvieron sus esfuerzos por emprender una relación con la madre de su hijo, pues son personas realmente muy distintas. Él se refiere a sí mismo como un ojete irremediable. Ella lo terminó corriendo, pidiéndole que no regresara a sus vidas nunca. El personaje de Meneses por más que tocó la puerta nadie le abrió, tuvo que irse cuando llamaron a la policía. Al llegar a su casa descubre que su perro no está. Al día siguiente sale a gritar y a preguntarle a los vecinos si lo han visto. Nadie sabe nada. Con cada día que pase busca más lejos, hasta que una mañana un pútrido olor lo guía al cadáver de su perro, que estaba a unos cincuenta pasos de la entrada de su casa, en un baldío de difícil acceso. Lo envenenaron los vecinos, resuelve de inmediato. El cuento termina cuando intenta esa misma noche incendiar la casa de enfrente.

Aunque disfruto la prosa de Meneses, la pieza me deja sin ganas de nada. Regreso a mi casa y me dejo caer en la cama. Lloro hasta quedarme dormido. Extrañar a mi hijo es la situación más irremediable que he padecido en mi vida. Es como si me hubieran arrancado el corazón. Al menos ya no culpo a nadie. Admito que fueron mis horribles comportamientos. No poder remediar nada, no saber cómo, es como si ya estuviera muerto. Abrazo recuerdos en formas de carritos, dinosaurios, una ballena de plástico blanca con la que entretenía a mi hijo mientras nos bañábamos. Con las ropas que su madre no se llevó envuelvo mis almohadas. Guardando los mamelucos en bolsas herméticas he logrado conservar el olor de mi hijo. La última vez que lo vi le regalé una pequeña figura de plata en forma del casco de un caballero medieval, un dije con una correa textil. Yo lo había traído cargando desde hacía semanas. Me lo colgué como parte de un ejercicio que me propuso una terapeuta, la idea era que me sirviera como una promesa de responsabilizarme de mí, de hacerme cargo, de ser feliz. A mi hijo le intrigó, varias veces me preguntó por él. Dos tardes antes de dejar de verlo me pidió que le regalara uno. Ese último día que lo vi le llevé el collar adaptado al tamaño de su cuello. No lo había planeado, pura intuición, en ese momento se me ocurrió decirle que cada que me extrañara

podía tocarlo y así podríamos estar juntos. Es mágico, me respondió. No sabía que la siguiente vez que lo fuera a buscar ya no estaría. Se fueron a Cuernavaca, me dijo el guardia de la caseta.

No logro levantarme de la cama. Es mi único sábado de descanso, debo aprovechar para ir a Cuanalá, comenzar la crónica. No puedo. No tengo energías. El estómago me duele pero no voy a comer. No quiero. Llegué a oler algo distinto al abrumador tabaco.

OBRA

1. *Play.* Párpados apretados, mandíbula trabada. El espanto en su rostro contrasta con las sábanas blancas. La pesadilla la obliga a empujar el cuerpo hacia atrás, como si quisiera hundir la espalda en el colchón, esconderse entre resortes y alambres. Se cubre el rostro con los antebrazos. Grita. Despierta. Se sienta. Parece a punto de decir algo.

Pausa. Andrés estira rápido la mano derecha y oprime la tecla. Concentra su mirada en la pantalla, en los labios de Luisa. Ojalá de pronto rompieran el rígido gesto para comenzar a dar las respuestas que busca. Las necesita para terminar su documental. Lo intenta desde hace varias semanas sin lograr avance. No puede. El final se le escapa. Aunque sale a dar largas caminatas buscándolo y ha logrado atravesar la

ciudad, no lo encuentra. Es capaz de esperar sentado durante semanas frente al monitor donde edita sin que llegue. Piensa en él al intentar dormir aunque tampoco los sueños le ofrecen pistas. Su fracaso es evidente: selecciona las carpetas donde guarda el material y roza varias veces la tecla con la que podría eliminarlas.

—Si es imposible terminar la historia es porque estuvo mal planteada.

Examina varios dibujos de lo que planeaba fueran las escenas finales, están colgados en un corcho, junto al monitor donde edita.

—¿Con qué las remplazo? — puede gritar la pregunta o convertirla en murmullo que lo acompañe durante el día, de cualquier manera, no sabe cómo responder.

Andrés vuelve al monitor, a Luisa, a su novia, al personaje principal en el inicio de su documental. Oprime play. Sigue viendo escena tras escena sin que se le ocurra una manera de acabarlo. Stop. La imagen se congela en el minuto cuarenta y dos, hasta ahí llega su historia. Andrés se levanta de la silla, busca la mochila y va a la calle. Camina dos cuadras hasta una esquina. Se le acerca un perro, da vueltas en círculos, parece perdido. Andrés lo acaricia, tiene una placa, se llama Akiro, no tiene número telefónico. El microbús que

debe tomar se acerca. El animal le lame la mano. Andrés se aleja, sube. Desde la ventana mira al perro —también lo observa— está a punto de pedirle al chofer que frene, bajar. No se atreve. El camión arranca.

Encuentra asiento en los primeros lugares. Se coloca los audífonos, sube por completo el volumen. Apoya el mentón en el pecho, detiene la frente con las palmas de las manos. Cierra los párpados. Intenta guiar su mente sólo a los sonidos. Así, soporta las veintisiete cuabras más que tarda el camión en llegar.

Desde que entra a la escuela adopta una postura de soldado vencido. Luego de una breve espera, Francisco lo hace pasar a su cubículo, desocupa para él una silla en la que descansaban folders y libros. Apenas Andrés acomoda la espalda en el respaldo, su tutor le pregunta:

—¿Y el documental?

—No puedo —Andrés mira la única ventana de la oficina. —La convocatoria del concurso fue clara, ayer se cumplió el último día. La universidad te exige terminarlo —Francisco mueve el brazo izquierdo de arriba a abajo en el espacio donde concentra la mirada su alumno. Agita la mano hasta que logra atraer su atención. Andrés responde:

—Es siniestro.

—Sólo es una historia —Francisco toma una hoja y con un lapicero comienza a escribir algunas palabras. Dice:

—Luisa puede conservar esperanzas, pero siempre estará

acechada por el miedo a morir. El fracaso de la obra de Montserrat remata la idea de que la exploración artística de la muerte pocas veces revela hallazgos. Muéstralas encerradas en sus habitaciones, retrata su desesperanza. Lo tienes que traer mañana.

No se despide, Andrés se levanta y sale lo más aprisa que puede. En la calle siente calambres, las piernas le pesan. Debe sentarse en una banca para no caer.

2. Un olor a quemado lo espera detrás de la puerta de su casa. Busca el origen, recorre la sala, el pasillo, le grita a Montserrat. Ella no contesta. Sale al traspatio. Descubre el estudio abierto. Escapa humo: junto al escritorio una cubeta de metal. Su cámara se desintegra. Andrés intenta salvar la memoria, el calor no lo permite. Consigue una franela, la humedece y, aunque logra sacar la cámara, ya está deforme, calcinada. El guion que reposaba en el escritorio ha desaparecido. Descubre las cenizas en la misma cubeta, al fondo ve arder las palabras sin que pueda detenerlo.

Intuye más daños. Su mirada recorre las paredes. En el corcho, en lugar del storyboard, hay una hoja que dice con letras enormes: “¿Sentiste algo?, ¿eres capaz?, miserable". Reconoce la caligrafía: Luisa, el personaje principal de su primer documental, su novia.

Intenta encender la computadora. No halla el CPU, revisa la habitación sin encontrarlo. Las memorias digitales deberían estar en las repisas, no aparecen. Un disco externo es lo único que podría salvarlo; yendo de un lado al otro sus pies lo patean, aunque tiene varias abolladuras, es posible que el material de grabación, su único respaldo, esté intacto. En una notebook lo prueba, le cuesta trabajo conectarlo. Tiene que sujetar la muñeca con la otra mano para detener el temblor que lo ataca. Siente alivio: una ventana se despliega, avisa que la información se carga, tarda algunos minutos.

Cualquier expresión de esperanza formada en el rostro de Andrés desaparece. El disco está vacío. Se ha quedado sin la edición, sin documental.

Camina hacia una esquina del estudio, acerca la nariz hasta rozar las dos paredes que hacen escuadra. Imagina cómo tendría que estirar el cuello hacia atrás, impulsarse y regresar la cabeza con la fuerza necesaria para estrellarla en el concreto.

—Ficción y realidad —murmura.

Echa atrás la nuca y embiste la pared con la frente. Se derriba. Por una rendija de la puerta distingue cómo la tarde va cayendo. El patio está oscuro. Quisiera que las paredes del estudio se derrumbaran.

3. Duele. Es como si le hubieran atravesado con puntillas la frente y siguiera teniendo las armas incrustadas en la cabeza; par de cuernos. Andrés toca las heridas, el roce de sus dedos le arde. Los dos hematomas que han nacido en cada costado por lo menos duplican el tamaño de su frente. Intenta ponerse de pie. El cuello está entumido, calambres atacan sus brazos. Siente que las heridas van creciendo, empujan al cerebro, se adueñan de su cabeza. Se sujeta del escritorio para no caer. Ve de nuevo las palabras de Luisa sujetas en el corcho, las repite en voz alta:

—¿Sentiste algo, eres capaz?

Camina a la cocina. Busca hielos en el refrigerador. Arrastra los pies hasta la habitación y se deja caer sobre la cama. El celular suena. El timbre simula el ring de un teléfono antiguo, el volumen aumenta con la velocidad de un feroz ruego. Andrés lo toma, programa que vibre y lo deja sobre el buró: se mueve, una mosca herida que no puede emprender el vuelo y apenas da saltitos, así el aparato va desplazándose sobre la

madera, se acerca a la orilla, sigue hasta derrumbarse. En el piso, el nombre de Luisa parpadea en la pantalla. Mensaje de texto: “Eres lo que más odio. Te odio, odio, odio, odio”.

A los diez minutos llega: “No eres un documentalista, no te lo creas, antes de destruirlo lo vi. Pésimo. Mediocre. Te hice un favor.”; Quince minutos después: “¡Contesta!, no te escondas, cobarde”. Pasan veinte minutos, el último: “Regresa de donde viniste. Púdrete.”

Andrés apaga el teléfono, con los dientes ataca las uñas de la mano izquierda. Muerde, escupe. Un documental de alguien que perdió su primer documental. Piensa: una historia que se frustra, muere y, al hacerlo, le da vida a otra. Se levanta por un café. Siente más frío del habitual, apenas sale de las cobijas busca un suéter con que taparse. En la bolsa interior de su mochila encuentra un lápiz y una hoja. Atraviesa el pasillo, llega a la cocina. Prepara la cafetera, la enciende. Escribe: “pérdida”. Su trazo comienza suave, pero en la primera “d” aprieta con fuerza la madera, vuelve a recordar secuencias de su documental, los rostros de las protagonistas. La voluntad y la punta del lápiz se quiebran, tira la hoja a la basura.

Lava una taza mientras el café comienza a oler, destapa sus fosas nasales, ve cómo la jarra se llena hasta que caen las últimas gotas. Se dispone a servir cuando, afuera, alguien le

pega a la puerta de la entrada como queriendo reventarla. Camina a la sala, se asoma con sigilo entre las cortinas. Es Luisa: cada golpe, cada patada retumba en la cabeza, en el cuerpo de Andrés. Montserrat sale de su recámara, él le pide que se encierre y que ignore el ruido. Los golpes cesan, pero persiste un molesto rechinado. Luisa pasa dos horas escribiendo una vez y otra y otra, tinta azul sobre tinta azul, trazo sobre trazo, tapiza la lámina amarilla, es la incansable repetición de una palabra. Cobarde.

—Ya no quiero que estés aquí, no me pagues el mes, recoge tus cosas. En dos horas llega la mudanza —le grita Montserrat desde su habitación.

Andrés toca, le pregunta:

—¿Qué hice?

Montserrat le grita:

—Me pagaste por hospedaje no por mi historia. Ratero y cobarde —la última palabra la entona buscando hacer eco con la puerta rayada por Luisa. Andrés da unos pasos de regreso a su recámara, luego se queda a mitad del pasillo, entre los dos rencores.

Tarda cuatro minutos en cambiarse el pijama por unos pantalones, una playera. Recoge las llaves, sale.

4. Francisco grita que pase, al ver a Andrés, la expresión severa del tutor cambia, apresurado se levanta de la silla, camina hasta ponerle la mano en el hombro, mirando las heridas en la frente le pregunta.

—¿Estás bien?

Andrés no responde.

—Toma asiento, ¿qué pasó?

Aunque intenta pronunciar con eficiencia, Andrés repite varias veces la siguiente oración para que su tutor comprenda:

—Mi novia se dio cuenta de que estaba haciendo el documental con la historia de su enfermedad y lo destruyó. Mi roomie también supo que ocupaba el montaje de su obra, me acaba de correr.

—Debes enviar algo. Entregaste la cesión de derechos. Vas a tener problemas graves con la escuela. Me enseñaste ejercicios, alguno de esos podría servirte, escribe un reporte. Mándamelo, yo hablo con los demás profesores —Francisco saca un folder, le pide firmar documentos.

Le cuesta trabajo sujetar el lapicero, se le cae dos veces. No agradece, la mandíbula se le ha paralizado. Andrés sale de la oficina, camina sin darse cuenta por dónde va hasta que una afanadora le señala la salida.

Ha olvidado qué ruta de camión tomar, apenas junta el dinero suficiente para que un taxi lo regrese. Llega hasta el estudio. Busca entre los archivos de su vieja laptop un documental que intentó mientras cursaba el cuarto semestre de la licenciatura en Comunicación. Es la historia de una vieja revista de literatura que intenta sobrevivir en un mercado donde la distribución se ha vuelto imposible para publicaciones de corto tiraje. Carga los archivos y envía el correo electrónico a su tutor.

Empacar es fácil, deja al último lo difícil, faltan apenas quince minutos para que llegue la mudanza cuando lo decide. Toma el teléfono, sale a la calle. Camina dos cuadras hasta un parque. Un tipo encargado de la limpieza barre una cancha de basquetbol, hay aparatos para hacer ejercicio, son nuevos, su brillo corresponde más al de un adorno. No abunda el pasto, la mayor parte del terreno está cubierta por granilla roja, sólo han crecido seis árboles. Andrés escoge una banca que está en la esquina norte, detrás de una iglesia. Saca del bolsillo el teléfono, quita el bloqueo de pantalla. En sus contactos señala el nombre de Luisa. Va a oprimir el botón, al sentir la superficie acolchada de la tecla se detiene. Respira lento. Enjuaga la lengua con saliva. Seca el sudor de la frente. Marca. De inmediato ella contesta:

—No lo lograste, nunca vas poder terminar, cobarde, das lástima.

La furia con que Luisa impulsa palabras hace que Andrés aleje el aparato de la oreja. Cuelga. Se levanta de la banca, cuenta los pasos de regreso a casa. A los cincuenta y tres llueve, no corre.

Busca despedirse de Montserrat. Ella, sin abrir la puerta de la habitación, le grita que deje la llave en la barra de la cocina. La camioneta de la mudanza arranca, el conductor le chifla. Andrés trata de quitar el aro metálico del llavero, está demasiado duro, apenas logra desprenderlo utilizando la fuerza de sus dientes y de la mano. La punta del alambre le hiere el labio superior, sangra. Deja la llave en la barra y corre hasta la puerta. Distingue un par de gotas rojas en el suelo.

5. Lo despierta el chofer de la mudanza.

—Estamos cerca, ¿dónde doy vuelta a la izquierda?

El dolor ocupa su cabeza, tensa el cuello, atraviesa la espalda, avanza por los antebrazos, alcanza las rodillas, se asienta en las plantas de los pies. Andrés gira la manija hasta que la ventana por completo se abre. Respira hondo.

—En tres cuadras.

El tipo asiente, con un movimiento rápido de su mano derecha abre la guantera, saca la única botella de agua que hay, bebe la mitad. El resto lo ofrece a Andrés que da un trago corto, temiendo le aumenten las ganas de orinar.

El chofer enciende la radio, sintoniza dos estaciones, la vuelve a apagar. Avanza algunas cuerdas en silencio hasta que le pregunta:

—¿A qué te dedicas?

—Estudio, estudiaba. Cine. Es en el edificio de aquella esquina —le señala Andrés. Distingue la ventana que corresponde a su antigua recámara y se imagina de niño, viéndose.

La llave funciona, mamá, grita. Nadie responde. Los cargadores acomodan algunos muebles y maletas en su antigua recámara, Andrés les da propina, los despide. Atraviesa el pasillo, va a orinar. Se sienta en el sillón más grande de la sala. No sabe qué hacer. No tiene hambre ni sed, tampoco sueño. Ensaya cómo le explicará a su madre lo que le ha sucedido, lo hace enfáticamente, como si a ella en verdad le interesara.

Sentarse, levantarse, sentarse, volverse a levantar. Recorre con ansias el departamento, busca una libreta con suficientes hojas, plumas, lápices, colores. Se acerca a su escritorio, en su recámara. Frente a la ventana comienza a recordar una imagen que le sirva de arranque. Dibuja.

6. Fachada de librería de viejo. Diez de la mañana. Andrés esperaba que los empleados terminaran de limpiar pasillos y estantes. La visitaba casi a diario, se convirtió en el mejor pretexto para intentar olvidar el documental inconcluso. El primer libro que iba a revisar era una antología de teatro. A sus espaldas escuchó la voz de una mujer.

—Es pésimo, fue diseñado por un escritor sin criterio —ella se lo quitó de las manos, lo devolvió a su lugar y buscó hasta encontrar uno delgado.

—Si quieres leer buen teatro, toma este —su brazo se desplegó hasta que el ejemplar quedó frente a los ojos de Andrés, vio la etiqueta, treinta pesos. Luego su mirada fue al tatuaje de la muñeca, una enredadera con flores amarillas y moradas.

—¿Te gusta el teatro? —preguntó Montserrat.

Andrés asintió.

—A mí también, es lo que más. Disculpa, necesito hablar con alguien que me entienda, ¿a qué te dedicas?

—Intento hacer un documental.

—¿De?

—No sé.

—¿Cómo?

—Me gané una beca, pero no he podido avanzar. Creo ya lo abandoné.

—Debes ser persistente, pon atención — Montserrat dio unos pasos hasta ponerse frente a Andrés y comenzó un monólogo describiendo un concepto llamado “Huella del dolor”. No paró de hablar, sus palabras le parecieron entretenidas, tuvieron sentido; era histriónica, ocupó ademanes, moduló cuidadosamente el tono de su voz. Estudió actuación pero eso ya le aburría, estaba intentado escribir su primera obra de teatro.

Monserrat y Andrés salieron del local cuando los empleados cerraban para ir a comer. Se despidieron antes de llegar a la estación del metro. Él la vio alejarse, lamentó no pedirle sus datos, pensó en gritarle, alcanzarla. Ella entró rápido a un vagón y partió.

Días después, al encender su computadora y revisar sus cuentas, Andrés encontró una solicitud de amistad de Montserrat. El fin de semana se vieron. Ella le habló de una Escuela de escritores dirigida por un narrador con una obra distinta a las corrientes históricas de la producción nacional, un escritor vanguardista, dijo burlona. Le contó que asistía a la clase de una dramaturga con un singular método para desarrollar conflictos. A Montserrat las dudas la tuvieron

paralizada hasta que la dramaturga de nuevo la hizo escribir pero sólo enfocándose en la “Huella del dolor” de los personajes, nada más.

—Acompáñame al taller, seguro te sirve.

7. Escuchar al personaje, les pedía Virginia Ávila, explicaba poco, el trabajo importante lo realizaban sus alumnos a partir del análisis de los ejercicios que les dejaba, todos relacionados con hallar el conflicto principal de los personajes. El primer ejercicio fue desarrollar un monólogo que evidenciara la “Huella de dolor”. Antes de tocarle el turno de leer, Andrés improvisó sobre un joven que no encuentra trabajo. A sus compañeros les pareció “bien”, ninguno fue capaz de ir más allá de esa opinión. Eso enojó a Virginia que comenzó a dibujar muñequitos, apuntaba al centro del pizarrón, pidiendo que exploraran la “Huella de dolor”. Debían rastrear un hecho en la historia de los personajes que habría configurado su manera de actuar en el mundo, eso tenía que ser evidente en el monólogo. Necesitaban mucha pericia con las palabras y cuestionar eufóricamente las motivaciones de los personajes. El juicio final que Virginia le dio a Andrés fue apabullante: era el monólogo más falso que había escuchado en cualquier taller, la voz era impostada, no había conflicto, era incapaz

de identificar sus dilemas, un personaje que no valía la pena. Aseguró que debía explorar conflictos más cercanos a él.

Resultó contraproducente, durante los siguientes meses Andrés no pudo hacer lo que le pidió Virginia, ni tampoco logró articular otra historia. De inmediato cuestionaba las motivaciones de los personajes y luego de muchas o pocas preguntas terminaba emitiendo el mismo juicio: superficial, como la misma Virginia había evaluado a casi todos los ejercicios que se presentaron en el taller.

Aunque Andrés siguió asistiendo a las clases no volvió a leer ningún escrito, a muchos de sus compañeros les pasó igual, la dramaturga pedía desarrollar historias que fueran expulsadas desde la emergencia. Casi nadie del grupo logró esa sintonía con los personajes.

De a poco la mayoría de los alumnos dejaron de ir. Montserrat no logró pasar del cuarto ejercicio, Virginia le cuestionaba la presencia de tantos personajes en su obra. Sobrevivieron siete alumnos, sólo dos presentaban trabajos. Andrés se gastó las horas de la última sesión mirando a una chica que no hablaba con nadie, ni mostraba sus textos. Antes de que terminara la clase ella se levantó de su asiento. Por primera vez comenzó a leer, era un monólogo de un hombre homosexual a punto de suicidarse, enfermo de SIDA, con un

par de hijos. Al leer parecía que alguien más hablaba a través de ella, los habituales ruidos de la escuela callaron o Andrés los dejó de oír, los vellos de sus antebrazos respondieron a quién sabe qué fuerzas, se erizaron. Su nombre era Luisa, su texto provocó lágrimas a la maestra.

Andrés logró alcanzarla en el estacionamiento, la invitó a salir.

—El viernes me queda bien, llámame el jueves.

8. Un cristal, detrás hay una bestia, no deja de mirarlos, su cara tiene expresión de coraje, su cuerpo rígido, amenazante. Andrés hubiera preferido que se tomaran un café o una cerveza, Luisa insistió en ir al zoológico, frente a la jaula de los orangutanes le dijo:

—Me gustas, me da coraje.

El orangután dio vuelta, caminó al fondo de su prisión, los dejó solos. Andrés no supo qué decir, ni qué hacer. Luisa lo miró fijamente, pudo soportar el gesto serio algunos segundos antes de que se transformara en una carcajada.

La siguiente cita fue un viernes, cenaron, Luisa le contó:

—Estudié dos licenciaturas al mismo tiempo, psicología y diseño gráfico. Comenzó todo con la poesía, no, con Espejo humeante de Juan Bañuelos, me fascinó. Mi papá me

prometió comprarme más libros, pero se suicidó unos días después, entonces comencé a guardar el dinero que me daba mi madre, cuando reunía el suficiente escapaba de mi casa, compraba más poesía.

Se sentía más cómoda en el silencio. Luisa rehuía las conversaciones y si tenía que participar no daba opiniones, soltaba preguntas que solían cambiar de manera drástica el sentido de las pláticas. Era como si el tiempo que permanecía callada lo ocupara preparando flechas certeras que apuntaban hacia razonamientos efectistas. Le gustaba planear lo que decía, así hablara del trabajo de las fundaciones de ayuda para animales abandonados, de la posibilidad de proyectar piezas audiovisuales en municipios marginados o de elegir la cena. Se esforzaba por estar consciente de la realidad, ser crítica a pesar de que su familia la cuidara para que no sufriera. Era realista, rigurosa, ni las cosquillas en su abdomen lograban que declinara argumentos. Se abrazaba a la disciplina, a la velocidad con la que devoraba libros, a la firmeza con la que se dedicaba a escribir tres horas al día.

Si Andrés no estaba con Luisa entonces se la pasaba encerrado en su estudio, invirtiendo semanas en el desarrollo de algunas cuartillas, luego cuestionaba las historias oración por oración hasta asegurarse de destruirlas, se convencía de

no seguir. Obedeció las recomendaciones de Virginia Ávila: en lugar de analizar el entorno se convirtió en un tipo ensimismado, que cada experiencia vital la relacionaba con la concepción de otro documental. En cualquier indicio veía una “Huella de dolor” que luego de varios días de cuestionamientos descartaba. Tuvo la sensación de estar atrapado en el peor laberinto, girando y girando alrededor suyo.

Estar con Luisa le ofreció un escape, iban al cine, se quedaban en su casa a ver televisión. Casi cualquier cosa que le impidiera sentarse a planear otro documental. Era su salvavidas, la abrazaba con la resignación de un nadador cansado, que por más entereza en sus movimientos, no llegará a ningún lado. Había ganado una beca para concentrarse sólo en la creación de un documental y no podía. Se atormentaba imaginando su regreso a estudiar Comunicación, en su antigua facultad, en su antigua ciudad, encerrado en la recámara de un departamento que apestaba a humedad.

9. —Ándale, está enorme, mucho mejor que el cuartucho que rentas. Aquí también puedes ocupar el cuarto de atrás, tendrías dos espacios, cada quien su baño. Le pido prestada una camioneta a mi tío y te ayudo a cambiarte. Tú, terminas el documental, yo con mi obra, ¿te late?

Montserrat le propuso a Andrés rentar una de las habitaciones de su casa. Ella vivía de una pensión familiar que se iba agotando. Andrés consultó la oferta con Luisa, ella le dijo que sonaba bien, que tal vez conocer otros rumbos de la ciudad le ayudaría. Él regresó a su casa, al escritorio. Perdió el tiempo mirando el color salmón de las paredes, ya sólo le quedaban algunos meses de beca, debía apresurarse. La semana siguiente organizaron la mudanza.

La casa era grande, un salón muy amplio le servía a Monserrat para ensayar con su compañía. La habitación que le correspondía a Andrés estaba al fondo del pasillo, era demasiado pequeña y nunca logró desempacar, no había closet o armario donde pudiera guardar sus cosas. La ventaja fue un cuarto de servicio que tenía estantes, se convirtió en su estudio, instaló la mesa, la computadora, el monitor.

Desde el primer día llegaron los amigos de Montserrat, por ahí de las seis de la tarde tocaron la puerta. La mayoría venía cargando latas de cerveza, de inmediato encendieron algún porro. Sobre el piso del salón se fueron acomodando, luego de una o dos horas de plática, Montserrat anunció que era hora de trabajar, fue por juegos de hojas, se los repartió. Ensayaron. Las primeras tres o cuatro veces que lo hicieron, Andrés los observó sin participar, estaba probando el enfoque

de su cámara cuando se le ocurrió grabarlos, no actuaban mal, registró varios días de ensayos, desde que entraban por la puerta hasta que se iban.

El fin de semana armó secuencias, fue entretenido, lo ocupó casi todas las horas del día. Revisaba las grabaciones hasta que relacionara algo que leyeran los actores con otro segmento, editaba, comenzaba a armar piezas, lo disfrutó. Fantaseó con la idea quedarse a vivir indefinidamente en esa ciudad, buscar un trabajo que le permitiera solventar sus gastos y no le quitara demasiado tiempo para cuando la beca terminara.

Luisa le pidió que la fuera a ver a su casa, lo hizo por teléfono, sonó extraña, el tono de su voz fue distante, Andrés se culpó por pasar varios días grabando a Montserrat y a sus amigos sin ir a buscar. Sospechó que ante el distanciamiento quería terminar la relación o por lo menos hablar de ello. Durante el viaje en metro se distrajo mirando el rostro de las personas con las que compartía el vagón, cuando bajó en la estación más cercana a la casa de Luisa, sintió dolor en el estómago, el olor a orines, a comida, se revolvió en sus fosas nasales. Tuvo que correr hasta alejarse algunas calles para vomitar. Soportó el estremecimiento y cuando controló la respiración estuvo seguro de que la relación se terminaría.

No había un indicio real que lo demostrara, fue la presencia de una intuición que ya no lo soltó. Tocó el timbre, esperó que le abrieran.

Luisa tenía los ojos hinchados, la piel de sus mejillas, de la nariz, enrojecida. Lo abrazó mientras lloraba, le explicó que llevaba algunas semanas sintiéndose cansada, no se lo había dicho por no importunarlo. Los últimos tres días se la había pasado sin levantarse de la cama. Su madre la había llevado a una clínica, luego a un hospital, le mandaron análisis. Le diagnosticaron lupus eritematoso sistémico. Enfermedad crónica, suele atacar a las mujeres, autoinmune, impredecible, no hay cura, se desconoce el origen de su causa. Sus labios ya no le parecieron de caramelo, estaban resecos, Andrés se prometió no abandonarla, le llenó la cara de besos, la abrazó hasta que el sudor fue insoportable.

10. Se ofreció de acompañante el día que comenzó el tratamiento de Luisa, antes de salir de su casa grabó el primer ensayo formal que tuvo Montserrat, la historia trataba sobre una chica condenada a muerte por una enfermedad repentina. Andrés no dejó la cámara, la llevó consigo al hospital. Comenzó como un juego, un ejercicio: se dio cuenta que la historia que había escrito Montserrat tenía similitudes con

lo que le estaba pasando a su novia, si por la mañana había filmado a los actores, le pareció buena idea filmar a Luisa por la tarde. Ella daba pasos titubeantes, y cuando tenía que hablar con los médicos y las enfermeras lo hacía con una voz débil, una que no quería salir. Tartamudeaba, le era imposible pronunciar los nombres de las medicinas. Los gestos de Luisa se volvieron dulces, las palabras las susurró al oído, cada oportunidad ella la aprovechaba para demostrarle cariño, se concentró en darle a Andrés caricias mínimas y profundas, como de despedida.

Luisa le rogaba que apagara la cámara, Andrés fingía hacerlo, la colocaba sobre algún mueble, pero asegurándose que la siguiera registrando. Fue encontrando formas para que no se diera cuenta que ella se había convertido en el personaje principal de su documental. Logró que a las pocas semanas se acostumbrara a la presencia de la cámara. Fue como si la dejara de ver, o de incomodar.

El documental iba a cuestionar la concepción artística de la muerte contra la vida real, la historia de una joven que se enferma repentinamente y puede morir. La lectura de la obra, los ensayos de las actrices, se iban a contrastar con las visitas al médico o Luisa tirada en su cama, medicada. Ella era una insomne que vivía las horas como entre sueños con-

fusos, estaba y no. Andrés ejecutó las tareas de un enfermero que al despedirse cobraba con un roce salado de labios y las imágenes que fue guardando en la memoria de las cámaras. Cada noche, al regresar a su casa, pasaba la información a los discos duros, luego volvía a hablar con Luisa, le llamaba por teléfono. A punta de palabras desarrolló muchas estrategias para engañar a la ansiedad que su novia padecía cuando llegaba la hora de acostarse, a veces lo logró, a veces no. Esas conversaciones también le sirvieron, mostraron con efectividad el miedo de Luisa. El cuerpo de ella cambió, ganó en peso, llegó a parecer una caricatura exagerada de sí misma. Andrés intentó no salir a cuadro, pero hay una escena donde le está dando galletas con chispas de chocolate, las remoja en leche, se las acerca a la boca mientras ella llora, Luisa viste una playera verde limón de licra con tirantes que le queda demasiado chica, unos shorts del equipo de fútbol de su hermano.

Los primeros tres meses fueron de completa filmación, Andrés asistió a todo lo relacionado con el lupus de Luisa y a cualquier cosa que tuviera que ver con el montaje de la obra de Montserrat, logró que ensayara con su compañía ya entrada la noche para poder grabarlos sin problemas. Ella había hecho importantes correcciones a la obra que funcionaron, una

actriz no logró hacer verosímil un personaje, Montserrat la despidió, además consiguió contratar a otra que sí podía. Las imágenes que retrataron la construcción de la obra de teatro quedaron bien, parecía una compañía profesional, daban certeza de ser una búsqueda rigurosa del miedo a la muerte, su parte en el documental encajaba.

Aunque los días eran agotadores, tuvo jornadas de trabajo de más de doce horas, Andrés no sintió cansancio. La construcción de la pieza lo emocionó, no era un tipo feliz pero cualquier acto lo encaró con alegría, sólo le faltaban organizar unas tomas y meterse a editar. Pronto tendría un documental y aunque intuía que en algún momento algo podría no funcionar, se quedaba tranquilo pensando que al menos él poseería una historia capaz de retratar una verdadera huella de dolor y eso lo justificaba todo.

11. Cuatro meses después del diagnóstico Luisa comenzó a recuperarse, la familia no vaciló en pagar fuertes cantidades del dinero que les quedaba y que les sirvió para estabilizar su salud. Apenas ella se sintió con fuerza para salir a la calle, le propuso que vivieran juntos. Fue en una cena en la que invitó a toda su familia, Andrés dijo que aceptaba, pero excusó unos meses para conseguir un trabajo. La madre de Luisa le

insistió en que no se preocupara por el dinero, la abuelita lo miró con compasión.

A Montserrat le costó mucho trabajo conseguir un teatro, le alquilaron uno pequeño, casi escolar. Entre los actores juntaron algo de dinero, lo invirtieron en una campaña de promoción, la noche del estreno sólo llegaron algunos familiares. La obra estuvo llena de errores novatos, apenas lograron presentarse un par de veces más.

Montserrat se encerró en su recámara a hacer quién sabe qué, a veces Andrés se la encontraba en la cocina, le intentaba hablar y ella sólo le respondía con monosílabos, sus ojeras ennegrecieron con cada noche que pasaba, no abría la puerta a sus amigos, no quería ver a nadie.

12. La obra de Montserrat estallando en una ovación de aplausos, y un entierro, la madre de Luisa llorando la muerte de su hija: Andrés frente al monitor, editando los últimos minutos de la película, fantaseaba con encontrar un final para su documental. Le faltaba un cierre, la muerte era el buen final. Pasó días de mal humor, angustiado. El documental estaba a su alcance, a punto de terminar. Debía suceder algo más. La realidad no servía: la depresión de una dramaturga que no

consigue buenos resultados con su primera obra, la enferma que parece recuperarse y hasta pretende casarse.

Tanto miedo le dio pensar que esa historia también era un fracaso que decidió consultar a su tutor.

Bastó que Andrés se ausentara un par de días para que Luisa lo descubriera.

13. Detiene el lápiz, revisa. Treinta y cinco cuartillas abarcan el estupor. Nunca los dibujos, ni las notas, le reclamaron atención durante tanto tiempo. No sintió ganas de orinar, aguantó la sed. Se levanta de la silla, recorre la cortina. Aunque está oscureciendo todavía alcanza a mirar la punta del volcán, hay fumarola. Aunque intenta sonreír, el dolor en la frente no lo deja.

EL ALEPH ES UN BIOMBO

I

El timbre electromecánico activa la llamada, setenta voltios de corriente se disparan, el oscilador de periodo conmuta entre dos tonos a cero punto cinco segundos hasta alcanzar el altavoz. El teléfono suena:

—Lo siento, hijo, la perra está moribunda. Deben llevarla a sacrificar.

Al completar la última palabra sientes, como un latigazo, el arrepentimiento. Ojalá una guadaña se descolgara de las alturas para cercenar el cuello de autores mediocres. Arrancar con recursos tan gastados. Quién sabe cuántos intentos después conservas vigente la posibilidad de narrar anunciando calamidad. Vas a cumplir una década esperando que la escritura te lleve a desarrollar estructuras y tramas complejas, a depu-

rar la prosa hasta encontrarte singular. Vuelves la mirada al techo, lamentas con sinceridad que otros más, muchos más, incontables, hayan gastado el filo de esa guadaña.

Abandonas la silla, vas a la cocina. Tomas la jarra, calculas verter un litro de agua en la tetera, la sometes al fuego, alistas mate, el termo. Te previenes con dos pastillas de lansoprazol. Hace días encontraste una serie de vídeos tutoriales sobre consejos de escritura. En un capítulo que dedican a la respiración alguien dice “si respiras mal, escribes mal”. Por sentarte encorvado te presionas el diafragma provocándote pésima prosa y gastritis, furiosos ataques de gastritis. Las últimas tres veces que has intentado presentar un libro, con tu primera, única, colección de cuentos, en una antología y con la novela de un amigo, el dolor ha sido tan fuerte que después de las palabras domesticadas, de los monótonos aplausos, te han tenido que llevar a un hospital mordiéndote la lengua para no gritar. Por respirar mal escribes peor.

—No es cierto, Miller escribía con respiración de boxeador, apretaba con tanta vehemencia la mandíbula que se la deformó — alguien te debatió la otra noche.

El agua chifla, la tetera está caliente, llenas el termo, regresas al estudio. Abres el documento. Tecleas. Pruebas con un nombre y varios verbos. Lees en voz alta. Te decepcionas.

Eliminas. Intentas con otras palabras. Lees en voz alta:

Mi hermano Carlos está sentado en una de las bancas de la terminal, de espaldas a la puerta por donde yo llego. Me cuesta trabajo reconocerlo, se ha rapado.

En tu primerísima novela —recién la enviaste por mail al editor (no contesta)— hay una escena donde el hermano del protagonista también espera sentado en la banca de un parque. Los lugares comunes se te repiten como botes de basura en ciudades donde el estado cumple su tarea de manera eficaz. Hasta ahí llegas, con cada intento el fracaso. No sigues escribiendo. Durante años guardaste la anécdota como una posibilidad de historia valiosísima: tú y tu hermano regresan a la ciudad de la infancia para enterrar a su perra, lo último y lo más significativo que los une con aquel lugar. Calma. Apenas han pasado nueve días desde que terminaste, después de seis años, una primera novela. Calma. Calma. Y si no puedes. Ocupa el tiempo en planear cómo configurar tu estilo, ahora que te propones riegos estéticos más importantes. ¿Cuáles? Responde Villa- Matas:

- 1.- Llevar el lenguaje hasta el límite de la comprensión.
- 2.- Romper estructuralmente con la narrativa clásica.
- 3.- Explorar el basto páramo de las inconsistencias del narrador.
- 4.- Dudar.

Promesas de fin de año, cartas a los reyes magos, frases para impulsarlas sobre una cerca mientras el insomnio. Mejor busca una fuente que represente el tremendismo y grafitea todas tus playeras con esa palabra. Preverte de utilizar elementos catastróficos, pirotecnia, lo que sea que haya ahí donde lo que falta es prosa. Debes romper el hábito, desde los catorce años comenzaste a ejercitarte en hacer sentir dolor a quien leyera tus relatos, veías como enemigo al aburrimiento y tenías para combatirlo al siempre eficaz tremendismo. Tanto que habías reservado la anécdota del final de la infancia para este momento. Un día señalado como el comienzo de la nueva escritura que en la página resulta tan gastada como predecible. Sabes, cada pestañeo te lo recuerda, que sin por lo menos completar una cuartilla no dormirás, una vez más. El agobio te hace sudar. Las paredes de tu estudio se encogen. Un biombo divide tu escritorio y el de Eva. Es un mueble antiguo en el que te gusta concentrar la mirada. Miras las grietas que parten la pintura. Tus dedos sobre el teclado comienzan a ser impulsados por un recuerdo:

PERROS

El primero que tuve se llamó Fénix. Mi hermano y yo discutimos durante dos días con sus noches el nombre, la elección

se había acotado a nuestros caballeros del zodiaco favoritos. Mi padre lo compró en una antigua veterinaria que además de vender pollos, patos y conejos, se dedicaba a criar ratoneros. Una derivación del *Fox Terrier* de pelo liso, de origen inglés que desembarcó en puertos españoles durante el siglo XVIII mezclándose con ejemplares sevillanos y murcianos. Perro de huerta que al llegar a América fue apreciado en diferentes regiones derivando en razas con características muy similares. El *rat terrier* en Estados Unidos o al sur el ratonero argentino. Durante generaciones campesinos y cazadores los han seleccionado por funcionalidad desarrollando una exitosa estirpe de aniquiladores de ratas y conejos. Ineludible guardián que avisa con potentes ladridos ante cualquier cosa que le llame la atención. Con el dorso negruzco o tostado, sólido o moteado, de vientre claro. Es un animal que manifiesta ausencia de signos de fatiga. Como los demás perros, el ratonero descende de aquellas especies de lobos salvajes que los cazadores recolectores amaestraron (algunos estudios aseguran que fue al revés). Desde entonces se han ido formando distintas razas, existen alrededor de ochocientas, para utilizarlas en diversos fines. Dos factores resultan importantes para el desarrollo de cruza, la genética del perro que se adaptó a cualquier condición climática, algunas extremas, lo que provocó cambios en

aspectos morfológicos y de temperamento. El otro factor fue la selectividad, razas creadas por mutaciones, de divergencias completas, perros que a simple vista parecen excesivamente cortos, altos, chatos, o con una complexión pesada o frágil. No sólo en la apariencia física se alteró la evolución de los cánidos, tal vez los cambios más significativos se dieron en la modificación de temperamentos, criadores que durante siglos seleccionaron los cachorros más hábiles para desarrollar tareas tan diversas como jalar trineos en cualquiera de las zonas polares o pastorear rebaños en llanuras insospechadas. La explotación industrial, el desarrollo de las ciudades, las largas jornadas laborales, es decir la modernidad, modificó la relación de las personas con sus mascotas. Perros que arduamente fueron entrenados en el desarrollo de tareas quedaron relegados a las pequeñas habitaciones de departamentos u olvidados en techos o azoteas. Abandonados. Así como mi primer perro: Fénix, lengua de fuera, sonriendo. Con claridad recuerdo su collar azul, el cuerpo liviano y musculoso, las orejas levantadas. Lo puedo ver trepando hasta una cornisa como de dos metros desobedeciendo cualquier orden. Supongo que mi padre lo habrá elegido por su aspecto, lo especuló —¿conveniente? — para sus hijos de ocho y seis años.

II

No duermes. En seis horas escribes dos cuartillas, las lees en voz alta, grabas tu voz, te escuchas, corriges, amanece, corriges. Dos minutos antes de que den las ocho de la mañana Ramiro ladra. Guardas los cambios y apagas la computadora. Vas a la recámara. Te cambias la ropa, tomas los guantes, el casco, miras la cama. Eva duerme. Sales de la habitación, entras al estudio, te acercas a la jaula/transportadora, la abres. Ramiro sale, se estira, mueve la cola, te lame la mano. Es un ejemplar de Ganadero Australiano, una raza diseñada para pastorear animales pesados y violentos en las peores condiciones climáticas, cruzando los espacios territoriales más extensos del planeta. Hace unos días cumplió un año. Alistas una mochila con bolsas, agua, galletas. Ajustas el adaptador que te permite pasear en la bicicleta de montaña a tu perro. A él le colocas la pechera. Cargas la bicicleta. Bajan las escaleras. Abres el portón. Un terreno baldío enfrente de tu casa le sirve a Ramiro como territorio de marca. Tarda unos siete minutos en lo que te pones los guantes, ajustas el casco, lo llamas. Un animal con más aspecto de dingo que de perro corre hacía ti. Se coloca debajo del adaptador que ajustas a su pechera. Comienzas a pedalear lo más lento posible. Ramiro tarda tres cuadras

en calentar su cuerpo, entonces comienza a correr cada vez más rápido. Van por la última calle todavía de pavimento antes de entrar a la zona boscosa, hay casas de campo y cuatrocientos metros adelante un hípico. La ruta que te llevará a la montaña atraviesa dos pistas de equitación. Del lado izquierdo hay una de *cross country* vacía. Del lado derecho otra de salto que sólo es ocupada por Ximena y su tordillo. Has disminuido la velocidad. Mueves la llanta delantera de un lado al otro. Logras mantener el equilibrio. Ramiro hace de nuevo el intento por arrancar pero tú abrazas los frenos. Te gusta verla. Zigzagueas. Ximena detiene el trote del caballo, lo hace girar y te mira de frente: sonrío, no se acerca. Tú sigues pedaleando lento, muy lento, hasta que la dejas de ver. Lento. En la esquina doblas a la izquierda. Pedaleas más rápido. En la siguiente vas por la derecha y ya estás en la vereda que te guiará hasta el primer ascenso. No parece que vaya a ser un día soleado. La tierra está húmeda, las llantas no logran afianzarse a los tramos más empinados. Al escalar la tercera curva caes. Tu perro se echa junto a ti, te lame, lo acaricias, te carcajeas. La conociste hace dos años. Intentabas escribir tu primera novela. Celebraste quién sabe qué en tu departamento. Era amiga de una novia de un amigo. No recuerdas cómo te las ingeniaste para llevarla hasta tu estu-

dio y a escondidas —para esquivar las burlas— le regalaste un ejemplar de tu primer libro de cuentos. Dedicaste algo tremendamente cursi sobre una “noche mágica”. Ximena se ríó y lo guardó en su bolsa. Dos veces la invitaste a salir, en ninguna aceptó. Te levantas. Bebes agua, le das a tu perro. Sigues pedaleando. Ayer te encontraste a Ximena en un bar. Estabas en el pasillo del baño, ella iba saliendo, tu entrando. Antes de que sus amigas se la llevaran alcanzó a decirte que de nuevo vive sola, mencionó la hora y los días en que monta. Creíste que iba a agregar algo más. Tocó tu turno. Ni siquiera orinaste. Aunque recorriste el lugar, y en la calle caminaste de esquina a esquina, no la hallaste. Regresas. Eva sigue en la cama, ahora escoltada por Jaimito, rompiendo su propia asmática regla de que animales dentro de la habitación no. Al verte entrar a la recámara aleja las cobijas, dice:

—No me voy a ir.

—¿Ya le avisaste a tus asesores y a tus papás? —No me voy a ir.

—Avísales.

—¿Quieres que me vaya?

—No pero debes ir.

—Tengo sed. Te estoy extrañando.

—Voy por agua.

Le das un beso en la frente, encima de alguna de sus infinitas pecas. Acaricias a Jaimito, es un *cockapoo*, cruza de *french poodle* con *coker spaniel*, es blanco, tiene cuatro años y gracias a una experta estilista canina parece osito de peluche. Por él la conociste. Estabas aburriéndote en una fiesta, lo viste, te dieron ganas de acariciarlo, fuiste siguiéndolo hasta que te llevó a su dueña, Eva, que alcanzas a escuchar, te pregunta:

—¿Ya respondió el editor?

III

El chantaje más efectivo que tu madre inventó para hacerte comer derivó en una culpa infranqueable. Mirando triste las últimas lentejas en la sopa advertía que si no llevabas al estómago todos los granos ibas a ser el responsable de separar una familia. La culpa como método de control, de aprendizaje, de carácter. ¿Qué le pasó a Fénix? Tu hermano te contesta en un mensaje de texto que Fénix fue regalado al mismo entrenador que tus padres contrataron para intentar controlar a Akiro, tu segundo perro. El tipo prometió llevarlo a un rancho.

—¿A los dos?

—No, a un rancho a Fénix. A Akiro lo iban a ocupar como perro guardián.

Al día siguiente llamas por teléfono a tu madre. No recuerda el destino de Fénix, se acuerda que le regalaron a Akiro al entrenador. De Fénix nada, casi nada, sólo sus manchas cafés. Antes de colgar sugiere que le preguntes a tu padre.

—Él debe recordar.

Unas treinta cuadras te separan de reconstruir la historia de tu primer perro. Ocupas la *fixie* negra, de llantas tan delgadas que apenas con sutiles movimientos del manubrio se desplaza de un lado al otro. Te gustaría describir la avenida. Mejor presta atención al concreto. Los baches abundan, hay por lo menos dos coladeras en cada cuadra que debes esquivar para que las llantas no caigan entre las aberturas, aterrizar los dientes contra el piso. Al menos narra las enormes torres metálicas, se suceden sobre el camellón sosteniendo corrientes eléctricas que cruzan de costa a costa el país, son robots, un día despertarán. Esperas que ningún coche estacionado abra de repente algunas de sus puertas, bloqueando el paso, disparándote al vacío. Sudas. Sientes calor debajo de la playera, se convierte en gotas atravesando tu cuerpo. Sudas. Pedalear. Su coche blanco sobre la acera. Él talla con una escoba el tapete de la sala en medio del garaje. Tu padre mirándote, sonriendo, apoya la escoba en la pared, se acerca, beso en la mejilla, abrazo, entran a la casa, acomodas la bicicleta.

—¿Quieres que ponga a tostar pan para que pruebes una mermelada de mango que recién hice?

Escuchas a Pelusa atravesar la planta alta. La miras bajar lo más rápido que puede las escaleras para correr hacia ti, apoyar sus patas delanteras sobre tus muslos y acariciar con su frente tu pecho. Te acuerdas. Era una noche sin estrellas, Eva iba al volante. Tú a su lado intentabas, para no vomitar, concéntrate en contar cada cuántos segundos se atravesaban los faros del alumbrado público. ¿Qué hora es?, te lo preguntaste en ese momento. Tu mirada vio en el tablero los números digitales (3:34) y al fondo, cruzar la calle, una hembra Ganadero Australiano. A pesar de tu estado y la oscuridad distinguiste el manto azul moteado, las exageradas ubres.

—Eva detente.

El temor a que le vomitaras el coche la hizo obedecerte. Abriste la puerta, bajaste. El animal no se veía por ningún lado. Te acercaste a un enrejado que hacía esquina. Ladró. Te asustaste tanto que caíste. La perra siguió ladrando al otro lado de lo que parecía un taller mecánico abandonado.

Eva grito: —Vámonos.

A la mañana siguiente, apenas la conciencia te funcionó, volviste.

—Venga al rato —te dijo una señora que salió desde un diminuto cuarto.

La perra, Pelusa, bocabajo disfrutaba de los rayos del sol y se dejaba acariciar por unas niñas. Del otro lado de la propiedad había una habitación igual de pequeña donde creíste estaban los cachorros. No volviste ese día, tuviste que hacerlo una semana después. Le avisaste a Eva que ya lo ibas a comprar, te dejó de hablar. Meses antes ella había comenzado la discusión:

—Mi primo, el que vive en Hidalgo, tiene tres perros que según son muy chidos, me dijo que salen en Mad Max, algo así. Anda buscando a quién darle en adopción una perra, creo que como de un año ¿A ti gustaría?

Dijiste que sí en ese momento y en muchos más durante esa semana y lo seguiste haciendo cada día, varios meses, pero en el instante en que Eva te lo propuso se arrepintió, no creía que fueras capaz de cuidar a un perro —responsable—. Lo habían hablado muchas veces, te lo había prohibido muchas veces y ahora que parecía inminente recurría al silencio.

Cada perro que tuviste derivó en una historia trágica, nunca los pudiste cuidar, eras muy niño, luego adolescente, según decía la mujer con la que vives muy irresponsable. Desde que Eva habló de la posibilidad de que tuvieras un perro te

fuiste evaluando, llegaste a estar seguro que podías hacerte cargo, que lo querías hacer, que lo necesitabas. Lo decidiste. Salieron siete cachorros, tres con listón naranja. Ninguno tenía manchas marrones (fuego dice el acta canófila española). Dudaste, las imágenes en tu memoria te respondieron que sí, que ese color que les aclara las patas y les ronda los ojos, el hocico y las orejas, ya se define desde el nacimiento. Te debatiste que los cachorros podían ser de la variante “azul puro” (algunos mal informados seguidores de la raza argumentan que los ejemplares que no presentan manchas rojizas son más cercanos al dingo, a los primeros ejemplares que permitieron el pastoreo en Australia). Los dos cachorros que no tenían manchas negras en la cabeza fueron los que parecían más activos, incluso uno de ellos es tan eufórico que a la primera caricia mordió tus tobillos. El hábito más valorado, apto para desafiar toros, no para habitar un departamento. Descartados. La otra hembra, la más atlética de la camada, fue también la más huraña. Quedó un macho que no se acercó a ti hasta estar seguro de que eras confiable. Al hacerlo permitió caricias sin derivar en mordidas. Desde que te vio estuvo atento al sonido de tu voz. El único que no ladró. Lo definitivo fue la casi perfecta circularidad de la mancha negra que le ronda el ojo izquierdo. Lo cargaste. La discusión con Eva se acabó cuando

dejaste al perrito sobre la cama, que a lamidas de frente la despertara. Le nombraste Akiro en recuerdo de tu segundo perro, pero a ella no le gustó. Buscando el eco de las vocales a las que ya se andaba familiarizando le pusieron Ramiro. Dos meses después el tipo que te había vendido a tu perro te ofreció a su mamá, Pelusa, por dos mil pesos.

—La veo gorda, ¿estará embarazada?

—No.

—¿Seguro?

—No, digo sí —el tipo se guardó los dos mil pesos en su bolsillo y tú y tu padre se llevaron a Pelusa, llovía.

Tres semanas después nacieron seis cachorros intoxicados por un medicamento para el tratamiento de un hongo, que en pocos días había arrasado con gran parte del pelaje del lomo de Pelusa. Sus hijos se murieron en el transcurso de dos horas sin que pudieran aceptar el calostro, ni tu padre encontrar un veterinario disponible. Pelusa descubre un rayo de sol, se le echa encima. Tu padre cruza sus pasos sobre el vientre de la perra, viene mascando pan, dice:

—Yo prefiero la mermelada de naranja pero ya se acabó. Se pasó de guardiana. Antier tuve una bronca. En la mañana salí a correr. Apenas iba a comenzar, me agaché a amarrar las agujetas y descuidé la correa. Un tipo enfrente de nosotros nos

estaba mirando. Supongo que la perra se sintió amenazada. Ni siquiera le ladró, fue hacía él como para atacarlo, pero antes se detuvo y erizó su lomo. Corrí, pude contenerla, le pedí disculpas al sujeto pero estaba muy encabronado, me dijo que no debía pasear a mi perro si era peligroso para la gente. Pedí disculpas más veces. El tipo me dijo que iba a traer a su perro para que se pelara con Pelusa. Eso es una estupidez, le dije. Entonces propuso que nos peleáramos nosotros. Busqué un poste donde amarrar a la perra, en eso él arrancó a correr. Me reí y seguí caminando. Tres esquinas después me alcanzó. Sacó una pistola, apuntó. Me retó a que volviera a reírme. Lo hice, y le pedí que dispara. No hagas tonterías, dijo. No las hagas tú, le dije. Se escondió la pistola en la bolsa y se fue.

La mermelada te sabe amarga. Decides no preguntarle por Fénix, por nada. Te despides. Aunque tu padre te invita varias veces, no aceptas acompañarlo a comer. Ya lejos de su casa intentas pedalear lo menos posible, que la propia inclinación de la avenida sea la que te devuelva.

IV

Sueñas palabras. Variaciones del mail con el que te responderá tu editor. Despiertas. El recuerdo de Parra Ramírez es una voz de rinoceronte:

—Entre la promesa de un editor y el libro en librerías se abre un compás en el que cabe la eternidad.

Parra Ramírez fue tu maestro en la escuela de escritores. Parra Ramírez soportó leer los avances de tu primera novela dos años. Parra Ramírez te ordenó dejarla de corregir, alejarte, con la esperanza de que al releerla te dieras cuenta. No sirve. Hace diez días le avisaste a Parra Ramírez que la confianza ganó, la mandaste a la editorial. Parra Ramírez lleva cuatro días sin responder tu tercer mensaje. Tiene razón, la novela no sirve. Ciento cuarenta cuartillas mal contadas, peor planeadas, ejecutadas por un imbécil soberbio. Te levantas. Abres un nuevo documento. Escribes: La voz no se calla, imposible silenciarla. Quisiera tener un recuerdo exacto de cuándo comenzó o qué la desató. Las imágenes más antiguas que conservo me instalan en un salón de clases, mirando al frente. Aunque parecía atento una voz me impedía seguir más de unos minutos las frases de la maestra. Era inevitable, a veces doloroso. Alguna palabra disparaba imágenes, iban creciendo, moldeándose. Quedaba instalado en un autismo en el que sólo podía escuchar un dictado: mi voz dentro, describe y describe. Mi madre se hizo experta en rogarles a los profesores para que, con trabajos especiales, de última hora, accedieran a calificarme con notas mediocres y aprobatorias. Empeño no

faltó, visitamos psicólogos, maestros especializados en educación. Mientras estuvieron casados mis padres ocuparon sus tardes repitiendo las lecciones que por las mañanas ya había escuchado, entrada la noche, cansados, terminaban haciendo mis tareas. Los ocho años que tardé en cursar la primaria me inscribieron a una nueva escuela en cada ciclo escolar.

Mi padre me llevó a vivir a su departamento unos días antes de reprobarme primero de secundaria por segunda vez, ya se habían divorciado. En las mañanas recibía clases particulares, por las tardes no tenía nada que hacer. Me habrá visto tan aburrido que preguntó:

—¿Te gustaría ir a un taller literario?

—No.

Arrancó el ciclo escolar y él entró a mi recámara con el recibo

de inscripción a un curso en la escuela de escritores. Lo colocó encima del tablero de mi computadora, junto a una pluma fuente con agarraderas de caucho y una libreta negra con pastas de piel. Eran sus regalos, su forma de obligarme. Al taller llegaron como quince personas. La primera escritora que me dio clases nos ordenó copiar las instrucciones que con una letra ilegible apuntó en el pizarrón. El ejercicio consistía en desarrollar una historia verosímil y efectiva en menos de

dos cuartillas —se me seguirán olvidando cosas pero nunca esos dos adjetivos—. Después de la cena le puse seguro a la puerta de mi habitación y lo intenté las seis noches que tuve de plazo.

A la segunda sesión llegué ojeroso, cargando las dos cuartillas y las copias, entusiasmado por algo. Aunque la maestra comenzaba alabando alguna virtud se extendía buscando argumentos por los cuáles aseguraba la historia no era publicable, finalizaba sus comentarios con un “no cumplió”. Me tocó leer al último y aunque el tartamudeo logró que interrumpiera la narración varias veces llegué al punto final. “Lo conseguiste”, dijo emocionada cuando los demás alumnos, exagero, aplaudían. Una maldición. Desde ese día y durante por lo menos diez años intenté escribir historias que fueran verosímiles y efectivas. Poner en riesgo al lenguaje era algo de lo que no se hablaba, sobraba, no existía en la mayoría de los talleres literarios a los que fui. Con diferentes maestros y en distintas ciudades encontré personas interesadas en redactar historias que su mayor virtud era ajustarse a una serie de normas que provocan textos encasillados. Siempre con los mismos errores. Notablemente influenciados por las estructuras del melodrama en su peor manufactura, las telenovelas. O por las series de televisión, guiones que buscan sorprender

de la manera más inesperada posible sin importar la coherencia. Me gustaba leer mis cuentos frente a otras personas y escuchar sus opiniones con las que esperaba “mejorarlos”. Estaba contagiado de ideas que conciben a la literatura de la forma más utilitaria. Intentaba piezas que pudieran encajar en el mercado, sin más ánimo que el del reconocimiento.

V

Una noche antes que despegue el vuelo que la llevará a Madrid sientes descargas eléctricas al tocar su piel, Eva está espolvoreada por DMT, se activa cuando tus yemas acarician alguna de sus infinitas pecas.

—Pecas DMT —le dices.

Bosteza. Esconde la cara detrás de las cobijas y gira el cuerpo. La espalda se descubre. Millones de diminutas manchas marrones. Constelaciones que trazas al tocarla. Vuelve el estremecimiento que provocan las descargas eléctricas. Te recuerdan esos días en que comenzaste a intentar, a intuir, procedimientos que pusieran en riesgo al lenguaje. Realmente estabas confundido. Hace tres años rentabas un departamento de alquiler impagable mientras terminabas el segundo intento de una primera novela. El aparente éxito del libro de cuentos logró que revistas te escribieran, editores

de antologías solicitarán tus piezas. Rehusaste seguir ejercitando el tremendismo, cultivando lo predecible. Preferiste agotar día tras día reescribiendo un intento que sólo te provocaba ese dolor de estómago que produce la vergüenza. Ni siquiera la demasiada marihuana que comenzaste a fumar era suficiente para desestabilizar la realidad. Quién sabe dónde leíste que en las alucinaciones inducidas por el DMT se experimentan episodios de comunicación no verbal con seres desconocidos. En menor porcentaje existen testimonios de viajes a otras realidades, planos. Luego de acosar a tus contactos, de varios días de espera y de pagar trescientos cincuenta pesos, obtuviste medio gramo de un polvo color salmón. El *diler* te explicó que debías usar un pipa de cristal. Colocar el DMT debajo de una cama de marihuana, cubierto por una ligera capa de ceniza. La flama no debía quemar directamente el enteógeno. Desalojaste del estudio a las dos gatas, te sentaste en la silla. Lo último que miraste, una por una, fueron las catorce reproducciones de Basquiat que tenías colgadas frente al escritorio. La pipa a la boca, el fuego encendido, los párpados apretados. Un sabor a nada. Frente a ti una pantalla con estática. Puntos blancos y negros que se movieron lentos, en direcciones aparentemente al azar: azar. Formulaste la palabra y dos formas cobraron relieve,

con sus brazos te pidieron que las siguieras (algunos autores las nombran entidades DMT, elfos translingüísticos, entidades fractales amistosas, legiones de elfos del hiperespacio, homúnculos sintácticos). Interrumpiste en la sala de un dios que enterró su brazo en tu pecho para que obtuvieras la respuesta: ¿a qué sensación se parece la pérdida del lenguaje?: descargas eléctricas —tenías ocho años y tu vecino y mejor amigo subió al techo a rescatar un balón de fútbol. Se sostuvo de cables de alta tensión. Murió al instante. El recuerdo llegó como la única forma de explicar lo que estabas sintiendo. No pudiste soportar más de lo que te parecieron algunos segundos. Abriste los párpados. Volviste a tu estudio. A las reproducciones de Basquiat. A las gatas maullando. El recuerdo es una sensación de vacío en el pecho. Hoy despiertas mirando su maleta junto a la puerta, ya yéndose. Eva gira de nuevo hacia ti. Vuelve a bostezar. Extiende su brazo derecho para acariciarte y de nuevo te ataca el recuerdo de aquellos días en que realmente estabas confundido. Cansado de no poder. Intentaste escribir una novela en la que irremediamente fracasabas. Cada cuartilla era examinada durante semanas, hubo capítulos que costaron años. Buscabas un ritmo de prosa que nunca te conmovió. Trazaste un argumento que con cada lectura se volvía más absurdo y predecible. La verosi-

militud se te atragantó. Aunque no creías en tus palabras te daba miedo renunciar. En lugar de abandonar el proyecto te empecinaste hasta adelgazar quince kilos. Te despidieron de un monótono y bien pagado trabajo. La frustración proyecta una sombra que crece hasta ocupar por completo cualquier lugar donde se encuentre la persona que la encarna. Solo el chillido de las gatas exigiendo sus dos comidas diarias te levantaba de la cama, el último bulto de reserva estaba a punto de terminarse. Rehusabas salir a la calle. Tus ahorros ya se habían extinguido. Estabas por pedirle un préstamo a tu madre. Alguien te invitó a una fiesta, ese día de alguna forma lograste separarte del teclado de la computadora. Había mucha gente. No tuviste ganas de hablar con nadie. Apenas terminaras la primera cerveza estabas pensando en irte. Ya ibas hacia la puerta cuando se cruzó un perro blanco. Te dieron ganas de acariciarlo. Enamorarte de Eva hizo que por fin renunciaras a la novelita fallida.

—Sólo son tres meses —se despide Eva.

Aunque aprietas los párpados, como si pudieras clausurarlos, lloras, desde que entras al aeropuerto hasta que sales. Logras calmarte hasta estar sentado en el autobús de regreso al departamento que olerá a ella.

VI

Ramiro ladra. Tu último amigo pateo la puerta, amenaza írsele encima si no abres, grita:

—Como en True Detective.

Entra.

—Unas cervezas te van a curar —dice, camina hasta la recámara, toma la primera playera que encuentra, un pantalón. Te los avienta.

—Vamos al bar.

No es la cerveza la que te alivia. Uno, dos, en este momento tres aguardientes macerados en hojas de té limón.

—¿Estás escribiendo?

—Vi a Ximena, montando. Aquí me la encontré la última vez.

—La invocaste. Acaba de entrar.

—¿Quién? No es cierto.

—Ahí viene, putito.

Huele a jazmines y marihuana. Besa tu mejilla, su voz suena como si acabara de recuperarse de un resfriado, saluda a tu amigo, les presenta a los dos tipos que la acompañan, son sus primos.

—Vamos a la terraza, nos vemos en un rato.

Las ganas que te dan de seguirla se notan tanto que tu último amigo dice:

—No hay pedo. Nada más me termino esta cerveza y la puedes alcanzar. Seguro no tardan en llamarme. Mira, ya está sonando ¿Te dejo lo de mi chela? —muestra en la pantalla del celular el nombre de su novio. Se despiden. Pides otro aguardiente y caminas lo más lento que puedes hasta la terraza. Podrías tocar su espalda. Prefieres decir el nombre. No voltea. Lo pronuncias más fuerte.

Ximena se ríe, pregunta:

—¿Has fumado salvia?, yo nunca, mis primos me la dejaron ¿La probamos en mi casa?

Si te esfuerzas en colocar completamente recta la espalda a lo mejor mides uno o dos centímetros más que ella. En reflejos de aparadores o de los cristales de automóviles las proporciones se invierten, el cuerpo de Ximena se alarga, parece siempre más alta, mucho más si están sentados. Ahora caminan. La sigues al estacionamiento. Subes a su coche, un Smart tan blanco como su caballo. Ximena. ¿Cómo es su nariz? ¿Qué tanto le brillan las pupilas? ¿El color de sus labios a qué se parece? ¿Cada cuánto mira el retrovisor, bosteza, cambia la estación de la radio, parpadea, se muerde los labios, hace una pregunta, te mira? Desde niña le gustan los caballos. La abandonó su padre. Tiene una madre que la sobreprotege. Tienes los pies largos. Es burlona.

—Mi *rumi* anda de viaje —dice antes de abrir la puerta de su casa.

Te sientas en una de las sillas del comedor. La sala está ocupada por varios cuadros que descansan en los sillones y la mesa de centro.

—Ya se vendieron algunos. Voy a quitarme los zapatos. ¿Quieres chela?

Son siete, cuatro son círculos de varias dimensiones, colores, texturas, repartidos en fondos verdes. Los otros tres cuadros están de espaldas. Ximena regresa, se sienta junto a ti. Coloca sobre la mesa de centro dos *stouts*, una pipa, un encendedor, marihuana comprimida y en una pequeña bolsa de plástico, salvia.

—¿Qué planta es esa? —señalas una maceta al centro de la mesa.

—Millonaria —Ximena te extiende la pipa para que fumes primero.

Tres veces inhalas profunda y rápidamente. Alcanfor. Se la devuelves. Ximena también fuma tres veces. Ella comienza a reírse. Tú sientes como se activa una corriente eléctrica en la yema de tu dedo índice izquierdo, atraviesa el brazo, se hunde en tu pecho, termina el recorrido en el mismo dedo de la otra mano. La temperatura con la que mide tu retina el paso de

la luz se modifica, los colores y las texturas se acentúan. La millonaria comienza a mover sus hojas. Te dice:

—Hazlo. El Aleph. Intenta. Cuidado, Ximena cae.

Giras la cabeza a la izquierda. Ximena ríe mientras se está cayendo. La mandíbula chocará contra el piso. Logras que tu mano te obedezca y alcanzas su cuello. Ximena sigue riendo. Regresas la mirada al centro de la mesa. La Millonaria ya no habla. Ximena aprieta tu mano derecha. Sonríe, luego como si recordara algo urgente se levanta. La ves entrar a su recámara, cerrar la puerta. Regresa vestida en pijama. Se vuelve a sentar.

—Me siento cansada.

—Me voy.

Ximena se levanta, casi pierde el equilibrio. Se abrazan. Tardas en encontrar un chofer que te devuelva a tu casa. Sacas a orinar a Ramiro, le das de desayunar. Vas a la recámara y caes sobre el colchón. Las ganas de escribir te despiertan:

Te gustaría escribir algo nuevo pero no sabes qué

Elige la torre, Juan José va a moverla. Un niño, futuro crítico, se le cuelga de la manga izquierda, pregunta:

—¿Qué es la literatura?

Arreola se concentra en las líneas del tablero, responde:
—Escoge un poema, recorta sus palabras, en una nueva hoja pégalas de diferente forma.

La anécdota te la contó Parra Ramírez, como se la contó a cada alumno que pasó por alguna sesión del taller literario que presidía, que preside, en el comedor de su casa. No sabes si todos la recuerden frecuentemente. Si en cada aspirante a escritor la escena quedó tan implantada que interrumpa cualquiera de sus pensamientos construyendo diarias variaciones. Juan José Arreola y la apropiación.

—Sí, el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos —explica Carlos Argentino Daneri.

“El Aleph” es un cuento de Jorge Luis Borges publicado en la revista *Sur* en 1945 y en el libro homónimo por la editorial Emecé de Buenos Aires en 1949. El manuscrito original se encuentra en la Biblioteca Nacional de España, comprado en 1985 a *Sotheby's*. Estela Canto lo vendió a la casa de subasta por treinta mil dólares, la mujer a la que Borges le dedicó el cuento. Una dedicatoria invertida, reserva la posibilidad de las últimas letras para escribir su nombre. Al fin del verano de 1945, *Georgie* camina junto a ella, pasan frente a una panadería, sus fosas nasales se expanden hasta capturar los olores.

Es la primera vez que él le promete la escritura de *El Aleph*.

De “El Aleph” nace la apropiación que cada noche se te aparece con el insomnio: *Help a él*, la escribió Fogwill en 1983. Fogwill apropiándose de Borges.

Te gustaría intentar algo pero no sabes qué. Durante dos años y dos meses pensaste que *El Aleph* era tu favorita prosa arrancando:

“La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo, ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la plaza Constitución habían renovado no sé qué anuncio de cigarrillos rubios; el hecho me dolió pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y ese cambio era el primero de una serie infinita.”

Trece meses después encontraste a Fogwill:

“La pesada mañana de febrero en que Vera Ortiz Beti tuvo esa muerte espectacular que ella misma hubiese elegido, al salir de la torre Madero, mirando hacia la plaza San Martín vi unos peones de mameluco blanco que trabajaban sobre las carteleras que afean la estación Retiro. A la distancia parecían animalitos amaestrados sólo para arrancar los viejos carteles de L&M y remplazarlos por no sé cuál otra marca extranjera de cigarrillos. La idea de cambio me evocó las observaciones

que solía hacer el otro, y, como él, yo pensé que esa periódica sustitución inauguraba una serie infinita de cambios que volverían a esta ciudad, a este país y al universo entero una cosa distinta que ya nada tendría que ver con ella.”

Te gustaría intentar algo pero no sabes qué. Ejercitas la inconsistencia de tu memoria remezclando los dos párrafos iniciales, recitas una nueva versión cada que el aburrimiento se escurre por las paredes, cada que no puedes escribir. ¿Podrías hacer algo?

Las intenciones de Pablo Katchadjian en *El Aleph engordado* son:

—No quitar ni alterar nada del texto original, ni palabras, ni comas, ni puntos, ni el orden. Eso significa que, si alguien quisiera, podría volver al texto de Borges desde este.

Una edición de 200 ejemplares que *Imprenta Argentina de Poesía* publicó en 2009. Jorge Luis Borges es autor de 4 mil palabras, Katchadjian les sumo 5600. Su texto arranca:

“La candente y húmeda mañana de febrero en que Beatriz Viterbo finalmente murió, después de una imperiosa y extensa agonía que no se rebajó ni un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo ni tampoco al abandono y la indiferencia, noté que las horribles carteleras de fierro y plástico de Plaza Constitución, junto a la boca del subterráneo,

habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios mentolados; o sí, sé o supe cuáles, pero recuerdo haberme esforzado por despreciar el sonido irritante de la marca; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella, Beatriz, y que ese cambio era el primero de una serie infinita de cambios que acabarían por destruirme también a mí.”

Te gustaría intentar –¿escribir?– algo nuevo pero no sabes qué.

VII

Las ganas de orinar te levantan. Frente al inodoro, mientras esperas a que las primeras gotas salgan, piensas en tu editor. Caminas hasta la computadora, la enciendes, revisas el correo electrónico. ¡Llegó!

La prosa está bien pero la novela no amarra, o la trabajas más o la descartas. Imposible que forme parte del catálogo este año. Abrazos. Tu editor.

Cierras los párpados. Respiras profundo. Logras alejar las ganas de estrellar la *laptop* contra el escritorio. Buscas *El Aleph* de Borges, *Cuentos completos* de Fowgill y *El Aleph engordado* de Katchadján Relees. Miras la inútil impresora,

sirve pero desde hace dos meses la tinta se agotó. El único argumento para comprarla era ejecutar *El Aleph es un biombo*. Necesitabas un aparato que fuera capaz de escanear y fotocopiar. Hace como ocho meses, una quincena en que el entusiasmo por tener dinero resultó tan estimulante que ayudó a decidir. El proyecto valía la pena, podías invertir en él, su realización era inminente. Te engañaste. Resulta imposible que dejes de gastar en cosas que no ocuparás. Tres mil cuatrocientos pesos costó la impresora ¿Vas a ir a sacar copias o a recargar el cartucho? Caminas hasta la cama. Duermes en el lado que huele a Eva. Desde una azotea ladra, es negro, todavía cachorro.

—Vamos a rescatarlo —Ximena sujeta tu mano con la justa presión que te haría seguirla a cualquier sitio.

Despiertas. El olor a Eva te produce culpa. Ramiro ladra, exige paseo, lo haces durante media hora. De regreso en el departamento te sientas frente al escritorio. En un documento de Word transcribes la primera oración de *El Aleph*, de *Help a él* y de *El Aleph engordado*. De la obra de Katchadjian decides ocupar sólo las palabras que le agregó al texto original de Borges. Los tres párrafos caben en una cuartilla. Vas a imprimir a la papelería que está a dos cuadras. De regreso recortas, lo haces con la misma habilidad de cuando ibas al

prescolar. De Borges son setenta y cinco palabras, tres comas, un punto y coma, y un punto. Cuarenta y siete palabras, dos comas y un punto, son de Fowgill. Y cincuenta palabras, seis comas y un punto y coma, de Katchadjian. Extiendes los ciento ochenta y ocho elementos sobre una mesa. Intentas revolverlos, a la manera de un memorama pero lo blando del papel bond lo complica. Formas una oración de cinco palabras. No te convence. El procedimiento debería ser más fácil. Regresas a la silla y desde ahí miras el biombo. Está conformado por dieciséis rectángulos de cuarenta y tres centímetros de ancho, sesenta y nueve de largo. Cajas. Encuentras dos, pequeñas, plateadas, utilizadas originalmente como envoltorios de regalo, son de Eva. En la más grande guardas las palabras, en la otra los signos de puntuación. La primera palabra que eliges es “espectacular”. Sacas veinticinco más.

Finalmente supe mirando imperiosa húmeda espectacular boca que febrero destruirme.

Vuelcas sobre el escritorio el resto de signos de puntuación y de palabras. Descartas aquellas que se repiten con más de cinco letras. Escuchas a Brahms. A las primeras tres frases que te gustaron les tocaste, dos veces seguidas, ráfagas tan potentes que no sólo deshicieron tu intento de apropiación, tuviste que pasar más de media hora buscando en el suelo la

prosa desarticulada de los escritores argentinos. Pegas los pequeños rectángulos de papel en la que seleccionas como la primera hoja del biombo. Huyes del mate, bebes té de limón. Para no ensuciar demasiado los trozos de papel debes lavarte las manos cada que pegas más de diez o quince palabras. Por más que limpiaste el escritorio hay polvo que al mezclarse con el pegamento provoca manchas. Desayunas a las cuatro de la tarde. Recurras a un par de licencias que permitan hacer coherente la redacción. Sobran dos letras al final de dos palabras, piensas anularlas con una marca de plumín rojo, no lo haces.

Tu optimismo desaparece al pegar el punto final del primer párrafo. Ocupaste ciento veintiséis palabras, diez comas, dos puntos y coma y un punto. Te sobran cuarenta y siete elementos, entre ellos una coma y un punto. Cada que relees sientes náuseas. Tu creación es coherente y horrible. Ya vas previendo lo que sucederá. Rescribir primeras frases te obsesiona, se ha vuelto una patología. La prosa no avanza. Te sientas a rescribir una oración que por más cambios no te convencerá. Pasarán meses. Julian Gracq escribió:

“En la novela que comenzamos a escribir ninguna libertad extrema de tratamiento que nos propongamos introducir actúa como el tema, el cual no existe más que pro-

visionalmente a la espera de metamorfosis sucesivas, y cuya ductilidad, docilidad al trabajo del lenguaje, a la aventura verbal, no tiene límite.”

Acomodas el sillón en el que habitualmente lees frente al biombo. Desde ahí miras la primera oración, lo haces hasta que puedes recitarla con los párpados cerrados. La otra vez, al querer citar al que consideras es el mejor narrador de tu ciudad te diste cuenta, creíste haberte dado cuenta, que las oraciones te quedaban mejor, algo en el ritmo, en la elección del adjetivo, en la supresión del artículo, mejoraba la prosa. Te sentiste Fowgill sintiéndose Borges. Jorge Luis tenía cincuenta años cuando *El Aleph* fue publicado. Cuarenta y tres cumplió Rodolfo Enrique al terminar *Help a él*. El publicista decidió un cambio, para la portada de su séptimo libro desapareció sus dos primeros nombres, se quedó sólo con la firma. Fogwill. Le gustaba nadar, los últimos años de su vida lo hacía de manera suave y lenta en albercas del club Almagro. Prefería el estilo mariposa. Ir por las noches, menos gente y podía no avanzar, ocupar alguno de los carriles para quedarse flotando. Hablaba solo. Vivía en un departamento de soltero. En los vídeos, en las entrevistas, respira con dificultad. Durante doce años no otorgó entrevistas argumentando que le daban asco los medios. Lo primero que hacía al despertar era

teclear su nombre, revisar en internet las nuevas menciones que encontraba. Decía:

—Quien depende del mercado está definitivamente perdido.

Abres un nuevo documento en *Word*. Transcribes las segundas oraciones de *El Aleph*, de *Help a él* y de *El Aleph engordado*. Vas a imprimir. Recortas. De Borges son treinta y tres palabras y ocho signos de puntuación. De Fogwill veinticinco palabras, y un signo de puntuación. De Katchadjian son cincuenta y cuatro palabras y siete signos de puntuación. La segunda oración de *El Aleph engordado* es completamente diferente a la versión original. En estos días continúan el litigio interpuesto por María Kodama, la viuda de Borges, en contra de Pablo Katchadjian. Lo acusa de plagio. Con tapas celestes que cabían en la palma de una mano, Pablo publicó doscientos libros que vendió por una cifra simbólica, la mayoría los regaló. Es un acto público a favor del desprocesamiento a Katchadjian. Es el viernes tres de julio de 2015. Es la explanada Juan José Saer del Museo del Libro y de la Lengua. Están a punto de dar las ocho de la noche. Pablo antes de que lo anuncien saca de la bolsa derecha de su saco una hoja. Se fija que las palabras continúan impresas, como para asegurarse de que el fantasma de Borges no se le ha ocurrido

otra broma. Entonces se acerca, saluda con su mano derecha a la gente que le aplaude. Se cuelga del poste del micrófono haciéndolo ajustar a su menor tamaño. El saco es verde olivo, la bufanda de estambre es negra, la playera se asoma gris, el suéter es vino y el ángulo en que la punta de sus bigotes y sus cejas se eleva, el mismo. Agita la hoja, extendiéndola, la dobla por una tercera parte. Mirando el suelo dice:

—Escribí un poema para leerlo acá —levanta la vista, hace un gesto que celebra su chiste —no, no es un poema —le sonrío a los flashes.

—Es un poema de coyuntura en todo caso.

Pablo se lleva la mano derecha al cuello, con la izquierda sostiene la hoja de la que en silencio lee. Intenta tranquilizar su respiración.

—Estamos todos diciendo todo el tiempo lo mismo, en ese sentido es insoportable. Así que bueno, voy a leer el... Muchas veces hay que hacerlo. Digo, yo siento. Ahí nada, pero. No hay que hacer nada de nada. Voy a leer el poema. *El Aleph engordado* no es un plagio porque ningún plagio es abierto sobre su fuente. Tampoco es un chiste que salió mal. Tampoco uno que salió bien. Es un libro. Un libro que escribí yo en base a un texto anterior. El libro trabaja formalmente una tensión. Esa tensión hasta hace poco parecía solo estar

en el libro. Cuando comenzó el juicio, en junio de 2011, pasó a estar también encima mío. Orwell dice en un ensayo que no sólo disfruta con las formas, sino que el escultor también le gusta ensuciarse con arcilla y polvo. Un escritor, en ese sentido, es alguien que disfruta de estar solo, leyendo, pensando y escribiendo. Además de otras cosas. Eso no se puede hacer muy bien con la tensión del libro encima de uno. Pero ahora esa tensión está distribuida acá y eso lo alivia un poco. Por eso quiero agradecerles a todos por el apoyo. Ayer vi que el primer objetivo de la Fundación Borges, según la página oficial, es propiciar la correcta interpretación de la obra de Borges, es literal esto. Creo que los que estamos acá no creemos que haya ninguna interpretación correcta de ninguna obra. En un set de televisión María Kodama dice:

—Él interviene la obra de Borges, cambia palabras, copia. No, yo no puedo permitir eso. Cuándo vos has visto lo que para una persona ha sido hacer una obra. Es como si vos tenés un hijo y alguien viene y te lo tortura o te lo mata. Es lo mismo.

El veinticinco de noviembre del 2016 *Freedom games* lanzó un videojuego llamado *Reality Avoider*, reta a los jugadores a meterse en la cabeza de la viuda de Borges y leer el “Aleph engordado” como ella lo haría. Un bloque llamado

“realidad”; la persigue bajo el mensaje: *“Sos María Kodama, querés el control absoluto de Borges, que nadie pueda tocarlo ¿Por cuánto tiempo podés evitar la realidad?”*.

A fines de noviembre de 2016 un juez dictó procesamiento sobre Pablo Katchadjian por defraudación, lo embargó por 30.000 pesos argentinos. Te animas a seleccionar la segunda oración. Pegas en el biombo cuarenta y seis palabras, once signos de puntuación. Te sobran sesenta y seis elementos, los guardas en la misma caja con los sobrantes de la primera oración. En lo que llevas del procedimiento *El Aleph es un biombo* se lee:

La pesada mañana y la misma estación, mirando sobre carteleras de Plaza Retiro la imperiosa y húmeda boca de vera Ortiz Beti, finalmente comprendí que febrero acabaría por destruirme; también noté la espectacular indiferencia que el recuerdo de ella hacía irritante el horrible subterráneo San Martín, sé que había unos peones que trabajaban la torre de fierro en Viterbo; solo después de ese instante supe que el universo plástico murió, el abandono ya era renovado, hecho que me cambió, pues junto al miedo incesante y la infinita serie de cambios, la vi a ella, no hubiese elegido un vasto sonido blanco pero tampoco una candente marca de cigarrillos rubios mentolados, la extensa agonía dolió no haberme esforzado en despreciar sentimentalismo, sé que la

muerte primero apartaba. La pensé muerta y ya no había devoción, esperanza, tenía calor en el cuello, el gesto como fantasma exasperado de melancolía, estuve a punto de rescatarla ofreciéndole el universo; remplazarlos inmediatamente; consagrarme a alguna otra memoria extranjera, cambiará completamente.

Desde las bocinas de la computadora un tono. Un clic y la voz de Eva:

—¿Cómo estás?, ¿Ramiro?

—Tiene diarrea.

—Le compré una pelota según indestructible. Te ves cansado, ¿el trabajo?

—No he mandado colaboraciones, he escrito.

—¿Cómo?

—Me dieron ganas de escribir.

—No tenemos dinero. Prometiste buscar más chamba mientras la respuesta del editor ¿Ya sabes? —No.

—¿No?

—No.

—Manda notas al periódico.

—Ya no puedo escribirlas. Además, las últimas tardaron mucho en pagarlas.

—Tarda lo que quieras, al final vas a tener que hacerlo. Cuida a Ramiro.

Impulsas la silla para alcanzar *Cuentos completos* de Fogwill. Lees hasta que tus párpados dejan de obedecer. Despiertas. Lees. Te da hambre pero sigues leyendo. Orinas. Lees. Lees de pie. Duermes. Tomas el libro y continuas con el penúltimo cuento. Comes un emparedado. Lees. Duermes. Despiertas. No recuerdas qué soñaste. Vas al estudio. Buscas *El Aleph* de Borges, lees en voz alta. Caminas hasta tu cama, te acuesta. Sigues leyendo. Lees. Comienzas a sentirte demasiado cansado. Parpadeas. Parpadeas más. Intentas leer otra página. No lo logras. Alcanzas un punto. Logras quitarte los anteojos, colocarlos de separador. Descansas la cabeza hacia la izquierda. Duermes. Sueñas palabras.



Canasta
de Escritoras y Escritores
POBLANOS
2023

El cuidado editorial de la presente versión digital de
“EL ALEPH ES UN BIOMBO”
De la colección
“CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS”
Estuvo a cargo del
INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN

Javier Caravantes

Estudió Comunicación en la BUAP y Creación Literaria en la SOGEM. Trabajó como corrector y dictaminador para distintas editoriales. Fue editor de la versión digital de la revista *Crítica* y actualmente lo es de *La santa crítica*. Obtuvo la Beca de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico del estado de Puebla en 2010, 2013 y 2016.

Sus cuentos han aparecido en diversas antologías, algunos han sido traducidos al inglés. Su primer libro *Despertar con alacranes* (Fondo Editorial Tierra Adentro-Conaculta, 2012), fue considerado entre los mejores publicados ese año según el suplemento *El ángel* del diario *Reforma*.

Sobre sus cuentos se ha dicho:

“Una colección de relatos bien tramados y resueltos, que hacen una exploración ética que poco tiene que ver con la de la mayoría de los contemporáneos del autor”, Antonio Ortuño.

“Es un buen libro que funciona como caja de resonancia de ciertos deseos de una generación desencantada. El sexo, la migración, el mercado laboral, y el fracaso son algunos de los ejes de estos relatos, escritos con limpieza y con aprecio por la inteligencia del lector”, Yuri Herrera.

“Javier Caravantes entrega un libro cuyos bordes gotean. Rebotan de la sustancia de la vida. De sus páginas salta el homúnculo que Fausto perseguía y se le fugaba de las manos. Las imágenes que construye quedan en el lector”, Luis Bugarini.

“Su dimensión literaria en los excelentes relatos atañen al espacio familiar, a los traspatios, a las escuelas, a los edificios en el extrarradio de las ciudades menores en los que se ven inmersos niños o adolescentes que atestiguan lúcidos el derrumbe de lo cotidiano y el surgimiento de una realidad de acoso, inhóspita y cruel”, Sergio González Rodríguez.